

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

DESPUES DE LA INVASION

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA
**CIENCIA
FICCION**
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

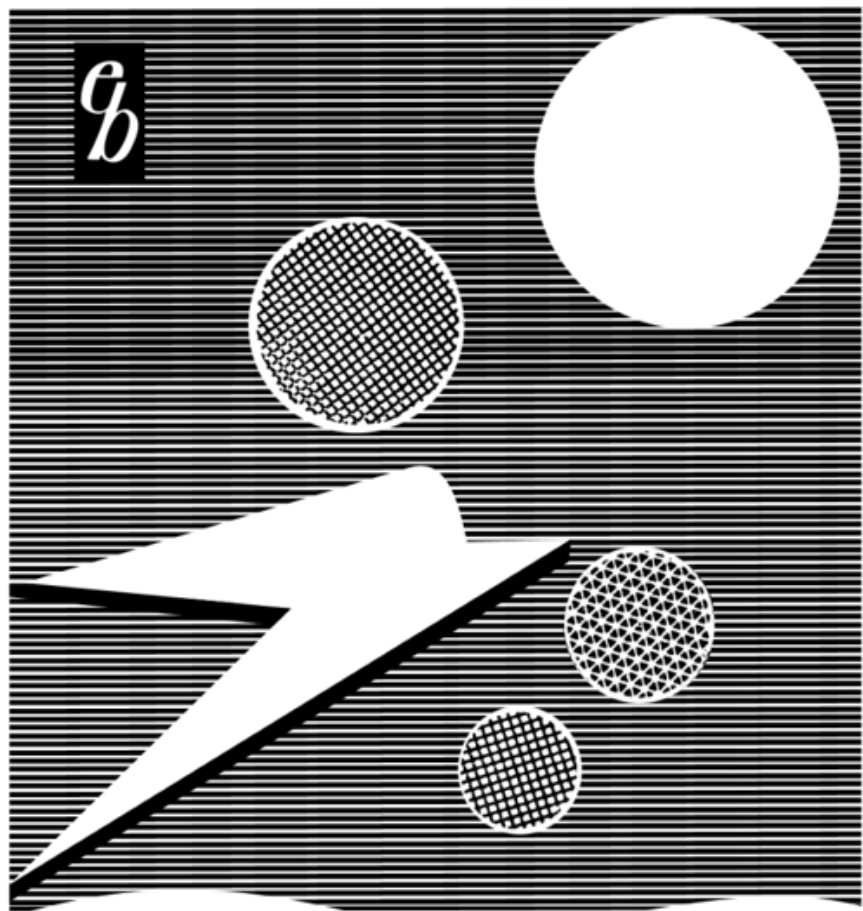
DESPUES DE LA INVASION

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

- 212 — Los tentáculos absorbentes. *J. Chandley.*
- 213 — El dragón de los astros. *Curtis Garland.*
- 214 — La organización. *Marcus Sidereo.*
- 215 — El rey de la Tierra. *Glenn Parrish.*
- 216 — Lo que ocurrió... ¡mañana! *Curtis Garland.*

MARCUS SIDEREO

DESPUES
DE LA INVASION

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

n.º 235

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 52.855-1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: febrero, 1975

© **Marcus Sidereo - 1975**

texto

© **Jorge Núñez - 1975**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPITULO PRIMERO

Sandor graduó el potente telescopio y permaneció un buen rato observando.

Teilon, su joven ayudante, preguntó :

—¿Puedo irme?

—Sí, sí... ¡No! ¡Espera!

Sandor seguía observando «algo» a través del lente mágico.

—¿Ocurre algo nuevo? —inquirió Teilon.

—¡Por todo el cosmos! Lo vengo prediciendo. Es algo que... ¡No sé si llegarás a comprenderlo, Teilon!

—Tengo algunos años menos que tú. Muy pocos, pero no soy ningún tonto, Sandor. Tú eres mi jefe y te respeto, de acuerdo con las leyes —repuso el joven ayudante.

Sandor, en verdad no era ningún viejo en edad, pero sí en experiencia y no en vano había conseguido aquel puesto privilegiado aunque muchos lo consideraban como meramente rutinario.

Por eso, Sandor, hizo caso omiso de las palabras de su joven subordinado y dijo simplemente :

—Mira esto.

Le ofreció el visor del potente telescopio y Teilon se aproximó con aire indiferente.

—¿Algún planeta nuevo?

—¡Mira! —exclamó tajante Sandor.

Teilon se encogió de hombros y observó.

Tras unos momentos se volvió hacia su jefe.

—Bueno... Según tus teorías parece una guerra... ¿No es eso lo que has observado?

—¿Una guerra? ¡Oh, no! Es algo peor... Algo que no tiene defensa, Klenox está atravesando un mal momento... Fíjate bien. Trata de

comprender, Teilon. Para eso estamos aquí.

Teilon volvió a mirar pero indudablemente no acabó de comprender lo que sucedía realmente.

—¿No observas esa lluvia que se abate sobre Klenox?

—Es el influjo de su luna —repuso Teilon.

—No. ¡No!

—Entonces...

—Es la absorción de la atmósfera, Klenox siempre ha adolecido de los mismos peligros. Es un planeta débil que ahora se halla en plena crisis de supervivencia a causa de sus satélites que son infinitamente más poderosos.

—¿Intuyes que se va a quedar sin atmósfera? —inquirió el ayudante.

—No lo intuyo. ¡Estoy seguro de ello! La vida de Klenox está contada. Sus habitantes tendrán que encerrarse todos en sus cámaras para poder sobrevivir. ¡Y ay de ellos si carecen de las reservas necesarias!

—¡Oh, Sandor! —sonrió el ayudante—. Creo que te sobresaltas por nada importante. ¿Qué puede importarnos a nosotros?

—¿A nosotros? ¡Mucho!

—¿Por qué? Ni siquiera conocemos el aspecto que tienen los habitantes de «ese sitio».

—No es sólo su aspecto, amigo mío. Son seres. Seres vivientes. Seres que en estos momentos necesitan ayuda. Hace tiempo que propuse algo al Consejo y nadie quiso escucharme...

Teilon parecía no comprender. Hasta sonreía divertido con las preocupaciones de su jefe que a él se le antojaban banales.

Sandor se dio cuenta de ello y por ello espetó lo que sentía, lo que nunca había dicho desde que le asignaron a Teilon como ayudante :

—Para ti todo es fácil. Tu padre es uno de los jefes del Consejo. Cuando te canses de esto puedes pedir un traslado y olvidarte de los problemas comunes a todos.

—¡Esto ha sido una impertinencia, Sandor!

—He dicho lo que pienso. ¡La realidad!

—¡Eres odioso! Procedes de una clase más baja que la mía y no lo perdonas. No admites que el hijo de un padre poderoso pueda algún día ocupar tu cargo.

—¡Eres un perfecto cretino, Teilon! Cualquiera con una cultura mediana comprendería el riesgo que significa lo que acabo de descubrir a través del telescopio. ¡Cualquiera que tuviera cerebro!

—¡Me estás insultando!

—Te estoy diciendo simplemente que no te das cuenta de la gravedad de mi descubrimiento. ¡Tú lo has visto igual que yo!

—¡De acuerdo, sabihondo! Un planeta se ve privado de su medio de vida. ¿Y qué? ¿Qué nos importa?

—¿No te das cuenta, imbécil?

—¡No me llames imbécil!

—Lo eres, si piensas que no nos importa... Aunque sólo fuera por humanidad debería importarte, pero no es sólo por esto... Tu miserable vida que es lo que menos me importa en estos momentos también está en peligro. ¡Todos estamos en peligro!

—¡Hablaré con mi padre para que te echen de aquí! ¡Estoy harto de tus insultos! —repuso Teilon haciendo acción de salir de la sala circular del observatorio.

—¡No! —exclamó Sandor.

—¿Qué quieres ahora? —se volvió el otro con acento insolente.

—Te quedarás aquí y tomarás nota del fenómeno paso a paso. Yo tengo que hablar con el Consejo.

—¿Quedarme aquí?

—Esto es una emergencia, ¡y te estoy dando una orden!

—Muy bien, jefe, muy bien... No durarás mucho tiempo. Te lo aseguro...

Sandor se aproximó al joven.

—Tú y tu orgullo... Malditos. Nunca me has gustado porque jamás te tomaste en serio este trabajo... Pero ahora tienes que cumplir. ¡Esto

es una emergencia! Te guste o no te quedarás aquí.

Sandor salió de la estancia ante la mirada estúpida de su ayudante que se dirigió hacia el teléfono para efectuar una llamada, mientras para sí exclamaba :

—¡Pocilga ambulante! No eres nada. Eres sólo un pedazo de m...
¡Puaf! Mi padre te hará entrar en razón...

CAPITULO II

Ripertt Teilon quiso mantener a solas su entrevista con Sandor que tuvo que aguardar bastante para ser recibido.

Ripertt, en su calidad de jefe de clan, en su sección de asuntos espaciales y de defensa había escuchado con marcado escepticismo al joven director del observatorio.

—Creo que se intranquiliza por una pequeñez, mi querido amigo... Debería refrenar sus impulsos. Mi hijo acaba de decirme que ha sido tratado por usted con un verdadero despotismo.

—Lo que su hijo opine de mí como jefe no me interesa en estos momentos, señor. He venido a hablar de un asunto serio.

—Yo también le estoy hablando en serio, Sandor —repuso Ripertt, picado.

—No lo dudo, señor. Pero ya ha oído mi informe... Por eso quería convocar...

—¡Yo decidiré cuando haya que convocar al Gran Consejo! Ahora escúcheme a mí.

—Con todos los respetos, señor. Este es un asunto grave...

—Exagera las cosas... A veces pienso que tiene usted deseos de notoriedad...

—Señor... Se trata de Klenox... Esa gente necesita sobrevivir. No van a resignarse a una muerte segura. Nosotros somos su auxilio más cercano.

—Nuestro planeta no tiene por qué ayudar a nadie. Si nos la pidieran..., veríamos el modo de solucionarles el problema..., pero con calma... Aquí todos tenemos nuestra labor. Para dar acogida a otras gentes habría que meditarlo... Pero estoy hablando en vano. No se ha presentado ningún caso. Es usted quien lo plantea. ¡Y lo hace por su cuenta!

—No me ha entendido o no quiere entenderme, señor... Klenox está condenado a la desaparición; no intentarán comunicarse con nosotros por la sencilla razón de que cuando intentaron aproximarse les rechazamos... Ellos creen que somos sus enemigos.

—¡Claro que somos sus enemigos! ¡Y atacaremos a todos los extranjeros que pretendan perturbar nuestra paz!

—Les atacaremos sin preguntarles siquiera... —sonrió Sandor despectivamente.

—¿No aprueba nuestro sistema? —preguntó Ripertt altivamente.

—Yo acato las órdenes. Se me confió un sitio y he cumplido mi misión en todo momento. En su día, y en razón de ese ataque a las gentes de Klenox, di mi opinión y no fui escuchado...

—Ya recuerdo... Usted era partidario de parlamentar.

—Sí, señor... Quería conocer a nuestros vecinos. Conocer también sus problemas, formar una unidad...

—Ellos no pidieron audiencia.

—La hubieran pedido. Trataron de transmitir, pero nadie se esforzó en escucharles.

—¡Que hablen nuestro idioma!

—Nos hubiéramos entendido igual... Seguro que lo han aprendido...

—Esta conversación no tiene sentido, Sandor.

—Nos hemos apartado de la cuestión, señor. Y no he sido yo...

—¡Basta, Sandor! Mañana hablaremos.

—No, señor... Primero debo recalcarle el peligro que corremos... Los de Klenox, dada su situación, ya no van a pedirnos ayuda. ¡Nos invadirán!

—¿Es ésa su opinión?

—Sí, señor.

—Pues tenga por seguro de que serán recibidos como se merecen. Adiós, Sandor. Se acabó la audiencia. ¡Y considérese relevado de su puesto!

—Esto no cambiará las cosas, señor. Adiós. —Y levantó la mano de acuerdo con el saludo tradicional del gobierno.

Sandor, poco después se encerró en su gabinete del observatorio y aguardó al profesor Stesso, que era el único con quien podía hablar

con toda franqueza.

Stesso estaba enterado ya de aquel asunto que tanto preocupaba a Sandor y del que ambos habían hablado en anteriores ocasiones.

—Vendrán hacia aquí y nos atacarán. De eso no cabe la menor duda, pero Ripertt por una vez tiene razón.

—¿Le da usted la razón?

—«Ellos» no pueden parlamentar, amigo mío. Ahora necesitan sobrevivir simplemente. Por lo tanto no preguntarán. Atacarán simplemente. Y temo que nuestras posibilidades sean remotas.

—¿Sabe usted algo?

—Mientras tú te dedicabas a observar, yo he realizado algunos estudios. Los klenoxianos nos llevan alguna ventaja científica, realmente muy notable.

—¿Qué posibilidades tenemos de subsistir?

—En la superficie muy pocas.

—Entonces...

—Ellos también tienen sus puntos débiles. El gas mixto por ejemplo...

—El nuevo descubrimiento...

—Sí. Pero no se ha construido pensando en utilizarlo como arma. Se tardaría mucho tiempo, demasiado para aplicarlo para un caso de guerra. Y esa guerra va a ser inminente, sin embargo...

El profesor Stesso caviló unos instantes y Sandor dejó que prosiguiera.

—Sin embargo —continuó Stesso—, si dispusiéramos de tiempo para trasladar lo necesario al Campanario...

—¡Cielos! No se me había ocurrido... Se refiere usted a la ciudad submarina...

—Todo se quedó en un proyecto que jamás llegó a prosperar, pero esa ciudad existe todavía... Allí podríamos superar... el ataque... Bueno, me refiero a los supervivientes.

—Tiene usted razón. El Campanario está abandonado... Dígame

usted lo que necesita, profesor Stesso. Lo trasladaremos allí inmediatamente antes de que nos ataquen.

—Hablaré con mis amigos. Necesitamos gente experta para sobrevivir...

—Habrá que obrar con el máximo secreto. Esto es contrario a la ley.

—Necesitaremos el telescopio y los aparatos de medición de este observatorio. Precisaré también de mi laboratorio y de algunas piezas...

—Tengo un amigo mío que tiene medios de transporte. Voy a llamarle inmediatamente.

Un zumbido interrumpió la conversación de los dos hombres. Era un ruido característico. Algo estaba sobrevolando el observatorio.

—¡Cuidado! —exclamó Sandor.

—Cierra las luces. Veremos de qué se trata —repuso Stesso, que también había escuchado aquello que procedía del exterior.

CAPITULO III

El pequeño bólido lanzó un artefacto en los alrededores del observatorio. Se trataba de un bulto pequeño y humeante.

—¿Qué es esto? —inquirió Stesso.

—Ni idea. Saldré un momento.

—No. Espera aún... Puede ser peligroso.

—No podemos quedarnos encerrados, profesor.

—¿Tienes Un arma?

—Una pistola convencional. Nunca la he usado.

—Entonces déjame a mí...

—No, profesor. Yo saldré. Cúbrame usted. —Y Sandor buscó la pistola en uno de los cajones de su mesa de trabajo y comprobó su funcionamiento.

Abrió la puerta, echó un vistazo, y al observar una, completa calma salió corriendo.

Desde la puerta Stesso le cubría con el arma.

De pronto el profesor vio algo que se movía a un lado del edificio circular.

—¡Cuidado! —gritó.

Un resplandor surgió de aquella parte y Sandor se echó al suelo al mismo tiempo que un surtidor de fuego hacía su aparición entre las sombras.

El profesor apuntó con su pistola hacia el lugar de donde había surgido el fuego en el instante que sonaron unas alegres carcajadas.

Varios jóvenes portando artefactos lanzaban al aire columnas de fuego de señales.

Teilon capitaneaba al grupo compuesto por otros cuatro jóvenes, mientras a escasa distancia sobrevolaba un bólido de prácticas que tomó tierra a escasa distancia.

—¿Creías que eran los klenoxianos? —se burló Teilon, siendo coreado por sus amigos con estruendosas carcajadas.

—Esto pudo haberte costado muy caro, Teilon... —murmuró Sandor, tratando de contenerse.

—¿De veras? Me hubiera gustado que te vieras en el espejo. ¡Estabas aterrado!

—Lárgate, Teilon. Lárgate antes de que se agote mi paciencia —repuso Sandor en la misma actitud de contención.

—¿Quién diablos crees que eres para darme órdenes? Mi padre te ha despedido. Aquí ya no tienes nada que hacer.

Tras un silencio y mientras los otros avanzaban, Sandor se encaró ante el joven e insolente hijo de su jefe.

—Vete —dijo escuetamente.

—No me has entendido, ex funcionario. El que da las órdenes soy yo.

—No me hagas perder la calma, Teilon.

Teilon le temía. Eso era evidente. En todo caso si se sentía más fuerte en aquellos momentos era gracias a la presencia de sus compinches a los que se habían agregado los dos tripulantes del bólido, y en total formaban un número de ocho.

Teilon avanzó un paso.

—Bueno... Si quieres que te echemos nosotros...

—Un momento, amigos... Sandor tiene que recoger unas cosas... Dadnos sólo unas horas para poner esto en orden. ¿Eh? —intervino el profesor para apaciguar los ánimos.

—¡Vaya! El viejo sabihondo... Usted también está chiflado, Stesso... —Rió largamente y Teilon añadió—: Largaos los dos. He dicho que ya nada tienen que hacer aquí.

Sandor avanzó hacia el insolente. Le midió con la mirada y murmuró:

—No me importa que te tomes a broma lo que está ocurriendo, pero ahora te irás.

—¡No!

—Tú lo has querido —rugió Sandor, y lanzó el puño contra el rostro de su ex ayudante derribándolo.

Durante unos instantes Teilon permaneció medio inconsciente. Cuando se recuperó lanzó un esputo clamando :

—¿Vais a dejar que me golpee ese payaso? ¡Vamos, dadle una lección!

Los otros intentaron atacar pero Sandor cortó por lo sano. Yendo hacia el arma y la encaró a los demás.

—¡Quietos! Si elimino a unos cuantos de vosotros no se perderá nada.

—No te atreverás... —murmuró Teilon, levantándose para retroceder asustado.

Sandor lanzó un rayo a los pies de los amigos de Teilon que se apresuraron a retirarse.

—¡Habla en serio!

—¡Se ha vuelto loco!

—Estoy más cuerdo que vosotros. Por eso os doy la última oportunidad para que os larguéis.

—¡Pagarás esto, Sandor! ¡Lo pagarás! —prometió Teilon, humillado y lleno de despecho.

Dos de sus amigos corrieron hacia el bolido, pero Sandor se lo impidió dándoles una orden:

—¡No! Dejad esto. Voy a necesitarlo. ¡Y fuera! ¡De prisa!

—Van a prenderte por osar ocupar un observatorio que ya no te pertenece —prometió Teilon, pero ante la actitud fiera y amenazante de Sandor, el ex ayudante decidió emprender la retirada.

Cuando el profesor y Sandor quedaron a solas en medio del silencio, el primero murmuró :

—Lo malo es que le creo capaz de cumplir su amenaza.

—Parásitos. ¡Malditos parásitos! Démonos prisa, profesor. Voy a avisar a mi amigo. De momento utilizaremos el bolido para transportar las cosas pequeñas.

Otro zumbido, esta vez más lejano y menos característico surgió en la lejanía. Ambos hombres cruzaron una rápida mirada y volvieron sus ojos hacia el espacio.

Ambos habían comprendido lo que estaba ocurriendo.

Momentos después, Sandor observaba a través del telescopio. Sus sospechas se confirmaron.

—Son dos módulos, profesor.

—Es lógico. Los de Klenox han iniciado un vuelo de reconocimiento. La invasión será más pronto de lo que pensábamos.

CAPITULO IV

La habitación era rectangular, inmensa, sin más ventanas que una ancha pared acristalada, desde donde podía verse el universo.

La especial materia con la que había sido construido aquel muro transparente permitía a los habitantes de Klenox poseer una permanente ventana al espacio.

A través de diversas pantallas podían observar los puntos claves de su planeta y los remolinos que succionaban su atmósfera.

El gran lago de Klenox había quedado seco y el aire exterior, totalmente enrarecido, desprendía gases letales.

Las reservas de oxígeno les permitiría sobrevivir algún tiempo en el subsuelo del habitáculo, aunque aquella situación todos sabían que no podía prolongarse.

Klato, en esa inmensa sala que hacía las veces de plaza pública, se dirigió a la multitud.

Los que no estaban presentes pudieron seguir sus palabras a través de los receptores instalados en todos los rincones de aquel refugio subterráneo.

Klato, como todos los de su raza, poseía una voz ronca, que parecía surgir de lo más profundo de su ser escamoso, de color grisáceo que veía a través de dos aberturas similares a ojos humanos.

La boca pequeña y la nariz chata contribuían a deformar el normal aspecto de otros seres vivientes.

La altura media de todo aquel pueblo era de un metro sesenta centímetros aproximadamente.

Las extremidades superiores eran formadas por dos brazos visibles que gesticulaban al hablar. Un tercer brazo oculto, pegado al cuerpo, y en casos de lucha constituía un arma muy eficaz.

Las piernas proporcionadas al cuerpo terminaban con sendos pies de cuatro dedos cada uno. Era una característica especial de la raza.

Varones y hembras no se cubrían con vestidura ninguna ya que su cuerpo de piel fuerte resistía bien todas las temperaturas.

Otra característica de los klenoxianos era que carecían de cabello. Sus cabezas, redondas, formaban un saliente a modo de incipiente cresta que les cruzaba el cráneo hasta la pared posterior del cuerpo para desaparecer en la primera vértebra cervical.

Con un lenguaje distinto, se entendían perfectamente y poseían inteligencia para penetrar en el pensamiento ajeno.

Klato habló así a todo su pueblo :

—Dos de nuestras naves han salido para explorar el terreno. Dos pilotos voluntarios servirán de señuelo para nuestro inminente ataque al país vecino. Todos vosotros sabéis cuán desesperada es nuestra situación y por ello nuestra única esperanza de sobrevivir está en la suerte que corramos en la guerra que debemos emprender.

El silencio era absoluto y Klato, tras una breve pausa, prosiguió su discurso :

—Ya sé que para muchos esto será el fin, pero yo os aseguro que se procurará por todos los medios que nuestras bajas sean las menos posibles. La victoria final será nuestra. De ello no hay duda. Hemos estado estudiando nuestras posibilidades y las suyas. La inteligencia de los seres a los que vamos a atacar es más baja que la nuestra. Sus defensas, aunque poderosas, son inferiores a nuestros medios de ataque...

Otra pausa para concluir :

—Pueblo de Klenox, amigos míos y hermanos todos. Lo que vamos a hacer es inevitable.

Una voz surgió de entre la multitud. El profesor Tremens dejó oír su voz igualmente ronca y pastosa:

—Un día responderemos ante el tribunal del cosmos de lo que vamos a realizar.

Klato repuso inmediatamente :

—No tenemos elección. Se trata de nuestra supervivencia.

Hubo un murmullo. Para muchos la idea de atacar a otro planeta se les antojaba un abuso. Pero otros, en cambio, comprendían que era la única salvación.

—La guerra o la muerte —concluyó Klato.

Y como jefe de aquella comunidad debía velar por la supervivencia.

Un observador informó de la llegada de los señuelos al planeta.

—Les han descubierto —dijo—. Dentro de poco van a atacarles.

—Bien... Ellos son los primeros sacrificados. Los que iniciarán nuestro futuro a costa de sus vidas... Ahora todos los demás deben acudir a sus puestos. Nuestras bases subterráneas albergan las naves de guerra. Todo está dispuesto. ¡Adelante!

Tremens, el profesor pacifista, se aproximó a su hija.

—Cuando termine esta pesadilla, hija, confío en que sobrevivas... Procura en cuanto te sea posible que exista la paz sin importarte la raza de tu enemigo.

—Hablas como si tú no pensaras sobrevivir.

—Soy viejo, Alania. Y me siento cansado. Yo no os seguiré...

—No puedes quedarte aquí, padre.

—Sí puedo. Y lo haré. Un grupo de amigos piensa lo mismo... Queremos estudiar esta atmósfera nociva y tratar de hacerla habitable...

—Es una locura, padre. La vida aquí es muy limitada...

—Lo que pueda quedarme de vida lo emplearé con gusto para que algún día Klenox pueda ser habitado de nuevo... ¿Sabes? Yo no estoy tan seguro de la victoria que pronostica Klato.

—Somos seres superiores a los del planeta que vamos a atacar... —Alania hizo una pausa y añadió—: Bueno, yo tampoco soy partidaria de la guerra, pero ahora se trata de sobrevivir.

—Sí, Alania. Tú vivirás...

—Y tú también. Anda, vamos a las bases.

—No, hija. Lo he decidido. Klenox no está totalmente investigado... Me quedaré.

La obediencia era una de las virtudes de todas las criaturas de aquel habitáculo. Alania no insistió. La voluntad de su padre era la de quedarse y la respetó aun a pesar suyo.

Ella, como científica, tenía también una misión que cumplir en el cuadro de mandos de las patrullas volantes. Su puesto estaba en información. Dotada para comprender los idiomas extraños y traducirlos simultáneamente, ocupó su puesto en una de las naves de mando.

CAPITULO V

Los observatorios de defensa habían detectado en las primeras horas del amanecer a los dos aparatos de señuelo de Klenox e hicieron... sonar los sistemas de alarma para proceder a la defensa.

El Consejo tenía establecido para aquellos ataques un dispositivo mediante el cual, sin reunión previa, los efectivos de la seguridad nacional podían obrar de forma autónoma.

El jefe de guardia dio la orden de ataque :

—¡Depósito primero! ¡Preparado!

De algún lugar del desierto, giró una plataforma dejando al descubierto una cavidad que contenía un nido de proyectiles autodirigidos.

«¡Depósito preparado!», surgió en una pantalla.

Desde su puesto, el jefe de mando pulsó un botón para lanzar la primera sección de cohetes.

Raudos como meteoros, una andanada de proyectiles buscó uno de los señuelos que comenzó a evolucionar en el espacio.

«¡Segunda sección preparada!», surgió en la pantalla.

El jefe conectó la palanca para lanzar una nueva andanada perseguidora del señuelo extranjero.

A través de otra pantalla el mando podía ver la caza de las armas que otra vez fracasaban en su intento de aniquilar la pequeña nave enemiga.

—Es inexplicable... No consiguen darle caza —comentó alguien.

Para el jefe la cosa sí tenía una explicación.

—Son materiales opuestos. Nosotros estamos preparados para combatir lo que conocemos. Esto es distinto. Tendremos que emplear otro sistema.

—Caza total —murmuró alguien.

—Exacto.

Nuevas plataformas subterráneas entraron en funcionamiento y desde los más variados puntos de la superficie miles de proyectiles tejieron una red para envolver a uno de los bólidos enemigos.

En un punto del océano, transportes terrestres estaban dejando mercancía importante sobre una barcaza.

El profesor Stesso había dejado de inspeccionar los aparatos para observar lo que ocurría bajo el firmamento. A su lado Sandor murmuró:

—Parece que no tenemos demasiada suerte.

—No se dan cuenta de que les hacen gastar una enorme cantidad de material. Me pregunto si no es esto lo que andan buscando los de Klenox.

—Es posible.

—Es casi seguro, Sandor. Para un ataque de esta envergadura sólo utilizan un par de pequeñas naves. Estoy seguro de que lo que pretenden es desarmarnos.

—¡Adelante la barcaza! —ordenó Sandor.

Había reunido un total de diez hombres que colaboraban activamente en la puesta a salvo de aparatos para la posterior investigación, pero mientras tanto la lucha preliminar proseguía.

Los proyectiles habían conseguido envolver a uno de los aparatos que seguía esquivando hasta que por fin una de las cápsulas le alcanzó.

El bolido quedó convertido en un ascua luminosa para desaparecer.

Pero el segundo señuelo todavía evolucionaba en el espacio, mientras que de un punto de su carlinga surgían unos pequeños artefactos dirigidos sobre los edificios.

Parecían paquetes inofensivos hasta que chocaban contra el objetivo. Entonces se producía una terrible explosión en cadena que se prolongaba durante varios minutos. Una densa humareda seguía a las explosiones envolviéndolo todo entre una atmósfera irrespirable.

Los edificios alcanzados por aquellas explosiones quedaban absolutamente destruidos, y sonaban incesantes llamadas de socorro.

Y nuevos paquetes provocando series interminables de explosiones continuaban su labor destructora.

—¡Ahora comprendo por qué les basta con esos pequeños bólidos! Son portadores de una carga de alto poder —exclamaba alguien.

—¡Destruyan al aparato! ¡Destruyanlo! —exclamó otro de los jefes.

A la vista de los acontecimientos, el Consejo se había reunido.

Alguien, contestando una pregunta, informó :

—Sandor no está. El laboratorio ha sido expoliado. Se han llevado el gran telescopio.

—¡Que busquen a Sandor! —ordenó el jefe supremo del Consejo.

Ripertt Teilon tuvo que informar :

—Anoche le suspendí.

—¿Le suspendió usted, Ripertt Teilon?

—Sí, señor. Es un asunto personal. Sandor se había vuelto demasiado insolente.

—Sandor cumplía con su deber informativo... Creo que algunas veces ya nos informó sobre los peligros de Klenox. Y ahora la situación puede ser grave —repuso el jefe, consultando una de las pantallas a través de la cual controlaba los informes que le iban llegando respecto a la situación.

Ripertt se puso en pie y murmuró :

—Sandor recibirá su castigo por haberse apropiado de objetos que no le pertenecen. Entretanto, mi hijo puede ocupar su puesto.

—Necesito a un entendido, Ripertt. Ahora olvídense de castigos. Quiero que me traigan a Sandor. Necesito un hombre que pueda observar a distancia.

Ripertt salió del Consejo mientras nuevas oleadas de proyectiles perseguían y acorralaban al señuelo de Klenox.

En su despacho privado, Ripertt puso en funcionamiento todos sus medios de comunicación.

—¡Atención a todas las patrullas! Busquen a Sandor. Sandor del observatorio. Funcionario LXZ. Repito. Busquen a Sandor.

Teilon II, o simplemente Teilon como era conocido por todos, apareció en el despacho de su padre para decir :

—Ya es hora de que te dediques a castigar a este insolente.

—Ahora no se trata de un castigo, hijo. Eso ya llegará.

—No me digas que van a condecorarle.

—¡Déjame en paz, Teilon! Tengo problemas graves.

Ripertt dejó a su hijo en su despacho. El joven y vengativo Teilon no había perdonado la humillación sufrida la noche anterior y decidió obrar por su cuenta:

—Yo le encontraré... Sí... Le encontraré —murmuró para sí.

Ripertt, de nuevo en la sala del Gran Consejo, exclamó :

—Como suponía esto ya ha terminado. Una vez les hemos dado una buena lección. Los bólidos han sido destruidos.

El gran jefe seguía los informes a través de la pantalla y no parecía demasiado convencido.

A pesar de todo es necesario observar. ¿Qué hay de Sandor?

—He dado orden de que le busquen, señor.

—Bien. Que todos los observadores permanezcan en sus puestos. Que repongan el armamento empleado... —El gran jefe tenía serias dudas, y a fe que acertó.

CAPITULO VI

Desde su puesto de observación, Klato dio la orden :

—Puede empezar el segundo ataque de desgaste.

Dos nuevos pilotos voluntarios estaban preparados en sus respectivos bólidos. Sabían que iban a jugarse la vida con todas las probabilidades en contra. Iban a morir. Iban a sacrificarse por los suyos.

Al recibir la orden se pusieron en marcha.

En el planeta vecino y mientras las patrullas buscaban a Sandor, éste accionaba los mandos de una segunda barcaza cargada de material. Su destino era la entrada de las rocas que conducía al observatorio subterráneo construido mucho tiempo antes y que se dejó abandonado. Le llamaban el Campanario, por su hechura que recordaba las viejas campanas de épocas pretéritas.

El profesor descendió junto a Sandor con el montacargas.

—Fue una pena que no se llevara a cabo el proyecto submarino.

—Se creyó poco interesante.

—Antes que conocer el espacio en que estamos es preferible estar seguros de lo que nos rodea.

—De cualquier modo, podrá servirnos.

—Eso espero.

El montacargas descendió lentamente a través de la cavidad rocosa.

El agua engulló la máquina hasta alcanzar el compartimiento estanco por el que era posible pasar desde el montacargas hasta el interior del Campanario.

Los pilotos de Klato se dirigían a gran velocidad a cumpliría misión encomendada.

En el planeta, los encargados de la defensa habían detectado el nuevo peligro y se aprestaban a combatirlo.

El jefe del Consejo Supremo estaba al tanto de las noticias y su

pesimismo aumentaba por momentos.

—Es un ataque en regla. No cabe duda. Quiero que todos los jefes se reúnan. Necesitamos saber exactamente cuántas posibilidades tenemos.

Teilon hijo se dirigió a casa del profesor Stesso. El también buscaba por su cuenta a Sandor, pero sus fines eran distintos a los de su padre. Teilon no tenía que obedecer ninguna orden y sólo deseaba vengarse.

Por el camino recogió a un par de sus amigos de la noche anterior y con su bólico deslizante continuaron el viaje,

—En el observatorio no está, y anoche se encontraba el profesor con él. ¿Recordáis?

—¿Por qué te preocupas? ¿No crees que lo que sucede es más importante? Nadie da información pero se dice que se han producido innumerables destrozos en la ciudad.

—¡Bah! Daremos una lección a los klenoxianos. Igual que otras veces.

El zumbido aproximándose al planeta era la amenaza convertida en realidad. Excitaba los nervios más templados y la gente andaba por las calles con el miedo reflejado en el rostro.

¿Cuál era el lugar más seguro?

Teilon llegó a la casa del profesor, al que naturalmente no encontró.

—¡Maldita sea! Se han escondido. Están tramando alguna cosa —barbotó Teilon.

El zumbido de los atacantes de Klenox se hacía cada vez más insoportable, no porque se tratara de un ruido ensordecedor, sino por la amenaza que suponía la proximidad de aquel par de bólidos.

Teilon sacó un arma y disparó contra el cierre electrónico de la morada de Stesso. La puerta cedió dejando al descubierto la amplia sala dividida en acristalados apartamentos.

Después de mucho buscar, Teilon encontró un mensaje que el profesor había grabado :

«Si alguien de buena voluntad necesita mi colaboración, puede encontrarme en el Campanario. Desde allí, un grupo de amigos trataremos de reconstruir el planeta cuando los klenoxianos lo hayan destruido.

»Es evidente que los supervivientes serán sometidos por los invasores, pero éstos deben ignorar nuestro refugio. De esta forma, con el tiempo podremos combatirlos para que el planeta pueda ser dominado de nuevo por sus auténticos moradores.»

—Por eso se ha largado —rezongó Telson—. Y Sandor está con él. ¡Vamos! Ya sabemos dónde encontrarle.

Los amigos de Telson no parecían muy conformes, pero acabaron por seguirle.

Por las calles, coches patrullas citaban el nombre de Sandor :

«Se le busca para su presentación inmediata ante el Gran Consejo. Es urgente. Sandor. Quienquiera que sepa dónde se encuentra que lo comunique inmediatamente a cualquier patrulla.»

Uno de los amigos de Telson murmuró : —Deberíamos decírselo a tu padre, Telson. Es un asunto de Estado.

—Es mi asunto particular. Nunca me ha gustado

Sandor. Es un engreído. Le necesitan como observador. Yo puedo hacerlo también. No tenemos necesidad de tipos como él... Cuando le encuentre lo borraré para siempre. Sandor debe morir.

Había odio en la mirada de Telson, un odio implacable que no cesaría hasta ver cumplida su venganza. —Me humilló delante de vosotros —siguió Telson—.Y esto no lo consiento.

Para la inmensa mayoría de seres civilizados aquel asunto que tanto preocupaba a Telson no hubiera sido más que una trivialidad, pero la mente enfermiza del hijo del dirigente estaba demasiado ofuscada para entrar en razón.

El planeta comenzaba a vivir un auténtico caos.

CAPITULO VII

Los pequeños artefactos de alto poder destructivo, producían las explosiones en cadena derrumbando edificios, arruinando construcciones para convertirlas rápidamente en ingentes montones de cascotes.

De nuevo las defensas del planeta entraron en acción, pero como la vez anterior los proyectiles automáticos no acertaban a hacer diana.

El jefe del Consejo Supremo había dado órdenes sobre aquel respecto :

—Estamos gastando nuestros cohetes en forma masiva. Procuren corregir los blancos.

—Es inútil, señor. Esos bólidos siempre consiguen escapar. Para atraparlos es necesario lanzar los proyectiles en masa.

Aun así, el primero de los bólidos tardó bastante en ser alcanzado. El otro, que igual que la vez anterior había actuado en segundo plano, pasó al ataque para prodigar sus cargas que causaron nuevos deterioros sobre la ciudad.

Una de las explosiones se registró en la Estación Central de Información y las comunicaciones quedaron automáticamente cortadas.

Las imágenes se borraron de los televisores y la música que hasta entonces había estado sonando a través de los receptores enmudeció de repente.

El pánico había empezado a cundir y las explosiones se sucedían en todas partes.

En Klenox, Klato ordenó :

—Tercer y último ataque de desgaste.

Y dos nuevos pilotos surcaron el espacio con sus bólidos para proseguir con aquella guerra despiadada, cuyo final previsto por los klenoxianos era la invasión del planeta más próximo.

Durante aquellas horas en que dos mundos dirimían su supervivencia, Sandor había concluido la tarea de transportar los útiles al refugio submarino.

Un último transporte faltaba. El profesor murmuró:

—Profesores y médicos amigos, prometieron venir, pero están tardando demasiado.

Luego sacó su transmisor y trató de ponerse en contacto con sus colegas.

—Estamos en camino. Es muy difícil circular por las rutas normales. El centro está lleno de cascotes y hay muchas calles interceptadas. Las patrullas tratan de impedir que la gente huya, y esto origina constantes motines. Estamos retenidos. Espero que nos dejen pasar pronto —dijo uno de los hombres que debían reunirse con Stesso y Sandor en el Campanario.

Se sucedieron minutos de impaciente espera.

Seis hombres en calidad de ayudantes esperaban junto a Sandor y el profesor para internarse en la cavidad submarina. La esposa de uno de ellos y la hija de otro iban a ser las dos únicas mujeres del grupo.

Entretanto, Teilon y sus amigos habían enfilado ya la carretera que en línea recta se dirigía hacia la zona del Campanario.

—No falta mucho para llegar —dijo Teilon.

También los amigos y colegas de Stesso habían conseguido salvar las enormes barreras de todo tipo que les estaban retrasando.

Se aproximaban por otro camino hacia el mismo lugar.

Teilon observó desde su bólido terrestre el otro vehículo y frenó su marcha.

—¿Dónde van esos? —murmuró.

Nadie contestó. Nadie lo sabía, pero Teilon tuvo un presentimiento.

—Ya comprendo... Van al mismo sitio, para reunirse. ¡Esto es una traición!

Se inició la persecución cuando los rápidos bólidos de Klenox iniciaban nuevamente el ataque de desgaste.

Desde la orilla, junto a la barcaza, el profesor Stesso y Sandor seguían esperando. El primero con unos binóculos de gran alcance observó el vehículo.

—Ahí llegan —murmuró—, pero parece que les sigue otro vehículo.

—Déjeme ver.

Sandor tomó el largavistas y observó el vehículo.

—Lo conozco... Conozco ese bólido. ¡Es de Teilon! Parece que sabe dónde estamos.

—Es mejor que vuelvas al Campanario. Yo hablaré con él.

—No, profesor, no tengo ninguna necesidad de esconderme. Si quiere algo aquí me encontrará.

Los dos vehículos se aproximaban bajo un cielo cubierto de nubes y del característico olor de los explosivos.

—¡Cuidado! —exclamó Stesso, advirtiendo que uno de los bólidos evolucionaba en dirección al mar.

En aquellos instantes el vehículo conducido por Teilon, muy próximo ya adonde se encontraba Sandor se cruzó ante el de los científicos obligándoles a frenar bruscamente.

Stesso y Sandor habían corrido hacia unas rocas mientras del bólido de Klenox se desprendían los terribles «paquetes» mortales.

—¡Mira eso! —exclamó el profesor Stesso. Teilon había bajado del vehículo y encañonaba a los científicos. Desde donde se encontraban ellos podían oír perfectamente las palabras del hijo del dirigente:

—¡Sucios traidores! Queréis huir cuando el planeta os necesita.

Uno de los científicos con las manos separadas del cuerpo ante la amenaza de la pistola de Teilon habló en nombre de los demás. Su voz era sensata, firme :

—No tratamos de huir, muchacho.

—¡No me llame muchacho! En estos momentos represento a la autoridad —exclamó Teilon.

—En ese caso comprenderás mejor nuestra postura. Nos han advertido de la gravedad de la situación —siguió el científico.

—¡Eso es falso! —rugió Teilon, dominando la situación gracias a su arma, y ante el silencio de sus compañeros.

—No es falso. El profesor Stesso lo ha comprobado. Se trata de una situación seria. En Klenox ya no hay forma de vida y sus habitantes deben emigrar. Nosotros somos sus más inmediatos vecinos y es lógico que hayan puesto sus ojos en nuestro planeta. Nunca hemos querido tener tratos con ellos. Y lo asaltarán. Lo destruirán todo. Hay que buscar el modo de que alguien pueda reconstruirlo.

—¡No irán a ninguna parte! —exclamó Teilon—, porque yo lo impediré.

—¡Es capaz de disparar y matarlos a todos! Le conozco... Es un resentido, un parásito que jamás ha servido para nada y sólo cree en la fuerza que le da la autoridad de su padre —susurró Sandor junto al profesor.

A un kilómetro escaso, junto a la arena de la playa se desencadenaba la reacción explosiva de los artefactos arrojados desde uno de los bólidos.

—¡No te muevas! ¡Es peligroso! —advirtió el profesor Stesso viendo que Sandor iba a dirigirse hacia donde tenía lugar la disputa entre Teilon y los científicos.

—Tengo que evitar que se cometa un atropello. —Y Sandor corrió hacia el lugar al tiempo que gritaba— : ¡Alto, Teilon!

Teilon se volvió con una sonrisa de triunfo. ¡Al fin tenía ante sí al causante de su humillación!

—Tú también, Sandor —rió—. Tú también eres un traidor y morirás como los otros...

—Estás ofuscado. Has hecho una montaña de un grano de arena... Ve a informar a tu padre. Denúncianos si quieres, pero déjanos en paz. Lo que pretendemos es hacer algo positivo.

—Tú ya lo has hecho todo, Sandor —exclamó triunfante Teilon.

Uno de los científicos avanzó con decisión.

—¡Eres un irresponsable, muchacho! ¡Suelta esa arma!

A partir de este instante todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Los acontecimientos se volcaron sobre el grupo, porque Teilon, ofuscado en su idea vengativa, no quería dejar escapar su dominio y disparó...

CAPITULO VIII

De la pistola de Teilon surgió el primer disparo dirigido al científico que quería acabar con él.

El científico cayó fulminado, pero Teilon siguió disparando contra los demás, mientras Sandor se lanzaba al suelo a un grito del profesor :

—¡El bólico!

Sí. En aquellos instantes el bólico descargaba nuevos artefactos que no tardaron en estallar cerca del grupo.

Los amigos de Teilon corrían para evitar que la reacción del explosivo les alcanzara.

Sandor pudo refugiarse tras una roca mientras la ensordecedora explosión le rompía los tímpanos.

Teilon cayó fulminado, en medio de la explosión, su cuerpo se desintegró materialmente, mientras otro de sus amigos, con graves quemaduras, veía descomponerse su cuerpo mientras gritaba a consecuencia de un dolor indescriptible.

Otra tremenda explosión terminó con el aparato de Klenox, mientras el fuego consumía una buena parte de la ciudad y las defensas se veían impotentes para contener aquella avalancha que era sólo el principio de la inevitable destrucción.

El silencio fue renaciendo en las cercanías de la playa. Las explosiones sonaron más lejos cuando los proyectiles automáticos buscaban con ahínco al último de los bólicos.

Stesso corrió hacia el montón de arena donde había quedado sepultado Sandor, que comenzó a moverse.

—¡Cielos! Creí que te había alcanzado... —murmuró.

Sandor se encontraba lleno de magulladuras; sin embargo, vivía y podía andar.

En derredor podían observarse los efectos de las explosiones. Teilon había desaparecido y más allá quedaba parte del cuerpo de uno de sus amigos.

Los vehículos se habían volatilizado y de los científicos sólo quedaron cuerpos sepultados.

—¡Cuánta maldad! —exclamó Sandor, sobrecogido.

A cierta distancia se movía alguien.

—Mira —indicó el profesor.

Era uno de los amigos de Teilon que corría con las manos en alto.

—Yo no tengo nada que ver... Teilon nos hizo seguir. —gritaba.

Dejaron que se aproximara, corría como un loco, su faz estaba contraída por el horror vivido. Jadeante el joven llegó hasta los dos hombres.

—Sandor... Le están buscando... El gobierno le necesita. Las patrullas no cesan de repetir su nombre.

—No vayas, Sandor —advirtió el profesor—. Es ya demasiado tarde. Tú no puedes hacer nada.

—Me necesitan —repuso el joven tras un silencio.

—¿Qué puedes hacer tú?

—No lo sé... Pero yo jamás he desertado. Tenía una misión que cumplir...

—Te echaron de ella. Si regresas a la ciudad jamás volverás. Esto es el fin —recalcó Stesso.

El amigo de Teilon terció :

—Yo quiero ir con ustedes. ¡Quiero salvarme!

—Todos queremos salvarnos...

Sandor había tomado una decisión, miró hacia el vehículo en el que habían efectuado el transporte de utensilios y corrió hacia él.

—No sé lo que quieren de mí, pero si me necesitan no desoiré su llamada —añadió.

El amigo de Teilon le miró aterrado cómo ponía en marcha el vehículo, mientras el profesor Stesso comentaba :

—Teilon le llamó traidor y creo que no existe nadie tan patriota como él. Va a una muerte segura...

El vehículo se perdió en la lejanía mientras en el aire se sucedía aquella lucha desigual.

Y entretanto, en Klenox, desde su puesto de observación, Klato ordenaba :

—Ha llegado el momento del ataque masivo. Todos los efectivos que estén preparados. Será una lucha corta, creo que han desperdiciado buena parte de su armamento.

Pidió informes a uno de sus ayudantes que permanecía atento a las diversas pantallas en las que el planeta podía observarse desde diversos ángulos.

Las únicas zonas no afectadas por la lucha de desgaste eran las rurales, pero la gente andaba asustada y algunos núcleos próximos a la capital habían sufrido las consecuencias de algunas de las explosiones.

—El observatorio ha desaparecido —dijo el ayudante.

—Mejor. Era lo más peligroso para nosotros, podían conocer más de cerca nuestros movimientos.

—Sin embargo, Klato, durante esta noche he registrado un intenso movimiento en el área del laboratorio. Los instrumentos no han sido destruidos, yo diría que han sido trasladados.

—¡Quiero datos concretos! —exclamó Klato.

—Había muchas cosas que atender, Klato. No olvides que parte de nuestro material ha sido retirado para transportarlo a nuestro nuevo habitáculo. El cerebro no ha podido registrar ningún dato.

—Bien, no habrá que perder de vista este detalle. En el planeta hay un hombre inteligente. Más inteligente de lo que sus dirigentes creen.

—Sí, Klato, el hombre del observatorio. Sandor.

—Exactamente. Y no habrá que perder de vista sus movimientos. Aunque en la hora presente poco puede hacer. La victoria será nuestra en todos los sentidos, pero quiero informes de ese Sandor. No se te olvide. Y los demás —añadió— que vayan ocupando sus puestos en las naves para partir en el momento en que los habitantes del planeta Kindu estén totalmente vencidos...

CAPITULO IX

En el planeta —Kindu, como lo llamaban las gentes de Klenox—, los escasos detectores que quedaban servibles informaban del ataque masivo.

Cuando Sandor llegó a la sede del gobierno central había cruzado innumerables ruinas. Los ataques de desgaste de los bólidos de Klenox habían sido más efectivos de lo que los propios dirigentes de aquel planeta habían pensado.

El remate final no se haría esperar.

Sandor penetró en el semirruinoso edificio de la sede del Gran Consejo que también había sufrido las consecuencias del ataque.

Vio enfermeros que corrían de un lado a otro para auxiliar heridos y mientras enfilaba la rampa del piso principal del edificio no cesó de escuchar ayes y lamentaciones.

Alguien informaba de la proximidad del ataque masivo.

Cuando Sandor sin que nadie se lo impidiera irrumpió en la sala del Consejo —lugar estrictamente reservado a los dirigentes—, no hizo más que comprobar el desorden.

No había vigilancia, cada cual campaba como podía. Los miembros del Consejo discutían entre ellos:

—¡Guerra total! Nuestras reservas nucleares deben ser utilizadas.

—Este sería el fin total —decía otra voz.

—Si tenemos que perecer que perezcan ellos también.

El jefe supremo observó a Sandor y murmuró:

—Llegas demasiado tarde.

Había reconocido al tenaz observador del espacio, al hombre joven aún al que habían tenido relegado en un lugar de observación que para el gobierno era un cargo puramente rutinario.

—¿Qué puedo hacer, señor? —inquirió Sandor con humildad y decisión a, la vez, deseoso de ser útil a los suyos aunque sabía que desgraciadamente ya nada se podía hacer.

Ni siquiera se fijó en el humillado Ripertt Teilon que hurtó su mirada de hombre fracasado.

Un nuevo informe llegó a través del receptor :

«¡Ha estallado todo el depósito de reserva número IV, señor!»

—Utilicen el resto. Liberen todas las armas. Se trata de la supervivencia. No regateen esfuerzos y permanezcan a la escucha. Yo seguiré en mi puesto —respondió el jefe supremo.

Luego volvió los ojos a Sandor.

—Ahora ya es inútil observar... ¿Has pensado algo?

—Con el tiempo podremos echar a los invasores. El profesor Stesso se ha instalado en el Campanario. Parece el único lugar seguro. Hay lugar para más personas. Lo difícil es escogerlas. Ustedes tienen tiempo de acudir.

—Deberíamos meditarlo —murmuró Ripertt.

—La misión del gobierno es permanecer en su puesto —exclamó autoritario el jefe.

Muy pocos, apenas dos, estaban decididos a secundarle de buen grado. El miedo era el fiel reflejo de la situación y nadie parecía demasiado empeñado en ocultarlo.

—Moriremos todos... Desde el Campanario podríamos reorganizarnos...

El jefe impuso la calma, cosa que resultaba cada vez menos posible debido al estruendo de las explosiones que cercaban el edificio del gobierno.

—Tú has observado durante largo tiempo el planeta Klenox, Sandor. ¿Hay algún informe de los que sueles hacer que no haya llegado a mí...? Sé que muchas cosas se me han ocultado. —Y miró significativamente a Ripertt Teilon.

—Yo he informado siempre acerca de las características de nuestros vecinos. Sobre todo en lo que respecta a la atmósfera... Sobre este particular opino que no serviría de nada desencadenar un ataque nuclear. Su atmósfera tiene una cierta reactividad. Su sistema de oxígeno es distinto al nuestro, por eso su hábitáculo sería nocivo para nosotros.

—¿Y cómo podrán adaptarse ellos al nuestro? —inquirió el jefe.

—Eso podría explicárselo mejor el profesor Stesso, porque yo tendría que referirme a una serie de materias puramente biológicas. En términos generales, la especial naturaleza de esos seres son su facilidad de adaptación, mediante determinadas características de su organismo que les permite asimilar atmósferas normales pero extrañas a ellos, a excepción de ciertos gases...

—Sigue —instó el jefe.

—El profesor Stesso se dispone a licuar una combinación de gases que ya fueron estudiados hace algún tiempo.

—La fórmula «Bromato» —murmuró uno de los miembros del gobierno.

—Con algunas modificaciones, señor —repuso Sandor,

—Eso es inofensivo —exclamó el mismo científico con aire de autosuficiencia.

—Es inocuo para nosotros, señor..., pero ese mismo gas es el que les obliga ahora a los klenoxianos a huir de su planeta. No es exactamente igual pero posee características parecidas. Stesso quiere encontrar la fórmula, luego lo demás será relativamente fácil.

—¿Y cómo pensáis actuar? Necesitaréis gente.

—La reclutaremos entre los supervivientes.

—Admiro vuestra labor, pero ese gas...

—Lo mezclaremos en la atmósfera. El profesor Stesso tiene algunos planos que naturalmente será necesario perfeccionar. Necesitaremos tiempo, pero nuestro planeta será liberado de la masa invasora. A menos que se avengan a pactar.

Tras un silencio llegaron nuevos informes. Uno de los gobernantes insinuó :

—Esa gente necesitarán de alguna organización. Como jefe del Orden y de la Coordinación me ofrezco para ayudarles.

Ripertt, por su parte, se adhirió :

—Habrá mucho que organizar y necesitarán gente experimentada.

—Ustedes ya han demostrado sobradamente su inexperiencia. Se

quedarán conmigo —concluyó el jefe.

—No puede obligarnos. ¡Estamos condenados!

—Yo también y no tiemblo como una criatura indefensa. Váyase, Sandor. Ahora tiene tiempo. Presiento que el fin se acerca y quiero mandar una proclama.

La confusión reinaba entre los mandatarios cuando Sandor se alejó entre el clamor de las explosiones. Silbidos tétricos anunciaban inmediatas destrucciones.

Bajo el cielo imponentes naves muy superiores a los medios técnicos para combatir las descargaban su carga mortífera.

El profesor Stesso desde el observatorio submarino observaba los estragos.

Gracias a un receptor y transmisor de imágenes portátil que Sandor llevaba consigo pudo verlo salir de la sede del gobierno en cuyo interior los hombres seguían discutiendo, mientras el jefe supremo se dirigía a su nación, a todo su pueblo a través de las ondas del único canal que milagrosamente seguía en funcionamiento.

«Ciudadanos todos. Debo pedirlos ante todo perdón por el hecho de que nuestros sistemas en los que tanto creíamos se vean, impotentes para defender nuestro planeta ante esta inesperada guerra espacial. Para evitar destrozos voy a suspender la lucha, de este modo ahorraremos vidas humanas. A todos deseo que la sumisión de que seréis objeto por parte de los klenoxianos sepáis aceptarla con resignación y esperanza, porque sí os puedo asegurar que hombres llenos de buena voluntad trabajarán para que un día podáis disfrutar nuevamente de la libertad de la que irremisiblemente ahora os veréis privados.»

El jefe dio la orden de suspender los ataques, pero los klenoxianos seguían devastando no sólo la ciudad capital, sino las villas cercanas, los centros de residencia, el campo.

Sus poderosos artefactos lo arrollaban todo, destruían las cosechas, abrían cráteres en un suelo humeante y enrarecían la atmósfera.

Cuando Sandor salió a la calle tuvo que lanzarse hacia unas ruinas para evitar la explosión.

Desde el laboratorio submarino Stesso vio el peligro.

—¡No tiene salvación! ¡Va a morir!

En aquellos instantes un artefacto derrumbó por entero la inmensa sede del gobierno.

CAPITULO X

La capital, prácticamente en manos de los invasores, era un campo devastado donde los supervivientes intentaban buscar refugio entre las ruinas y los túneles de las cloacas.

Algunas de las naves se posaban sobre la superficie destruida y los klenoxianos, provistos de corazas o escudos protectores, avanzaban con sus fumigadores de fuego.

Las llamas volatilizaban las paredes que habían quedado en pie, y nuevas naves se posaban en el suelo y otros continuaban el avance.

En medio del caos, del horror y del desorden, Sandor corría igualmente en busca de refugio.

Klato, observando desde la pantalla, fue preguntado por su ayudante :

—Sería necesario advertirles que no lo destruyeran todo. Nos costará demasiado trabajo reconstruirlo.

—Debemos hacer una ciudad nueva, de acuerdo con nuestros gustos y características. Mi pueblo debe encontrarse como si siguiera viviendo en Klenox. Esta ha sido siempre mi idea.

—Pero de momento... —empezó el ayudante.

—Quedarán los suficientes supervivientes para trabajar. Ellos serán nuestros esclavos. Somos una raza superior y los someteremos. No tendrán elección.

La acción destructora de Kindu proseguía. Casi todas las naves habían aterrizado y el fragor de las explosiones desapareció para dar paso al rugido del fuego devorador.

Un grupo de supervivientes que no había encontrado el modo de refugiarse avanzó hacia los invasores con los brazos en alto.

—¡Nos rendimos! ¡No nos maten!

Los de Klenox comprendían perfectamente el idioma y se hicieron comprender también.

—¡Ahí, ahí! —les empujaron hacia el centro de un círculo de ruinas. Era una ancha plaza formada por verdaderas montañas de

escombros. Mujeres y niños temblorosos permanecieron custodiados, mientras otros grupos que igualmente se habían entregado eran conducidos para ser hacinados entre los cascotes.

Sandor había conseguido llegar a uno de los subterráneos de las conducciones y se unió a un grupo de personas aterradas, mudas por el horror y totalmente desesperanzadas.

El profesor Stesso observó atentamente a través de la pantalla.

—Es algo difícil de creer. Una ciudad totalmente arrasada y unas gentes sin esperanza. Sandor jamás podrá regresar.

Los que estaban con el profesor en el refugio submarino eran igualmente testigos de aquel estado indescriptible de unas personas — de unos seres humanos— que ya habían perdido toda esperanza de sobrevivir.

Entonces hicieron acto de presencia los klenoxianos.

Un grupo de seis, equipados con sus escudos o corazas protectoras y provistos de sus terribles fumigadores. Avanzaron hacia los supervivientes.

—Si quieren conservar la vida, ¡sigan adelante! —Se hicieron comprender con voz ronca y metálica a la vez, como si un traductor mecánico actuara dentro de ellos para hablar en el lenguaje de las gentes del planeta Kindu.

Los supervivientes fueron empujados y con ellos Sandor observaba atentamente a los invasores.

En aquellos momentos, el ayudante de Klato a través de una pantalla observaba la misma escena y llamó la atención de su jefe :

—¡Klato! Ahí está el hombre que tanto nos preocupa. ¡Sandor!

Klato observó al grupo de prisioneros y sonrió.

—Sí. Es él. No cabe duda. Mejor así. Si le tenemos vigilado no podrá intentar nada.

—Pero utilizará su ingenio.

—No le servirá en absoluto. Ya me encargaré de que sea sometido a una vigilancia especial.

—Me pregunto por qué los seres de Kindu son tan tontos... Teniendo a un hombre como Sandor no le hicieron el menor caso.

Sandor nos observaba. Creo que es el que conoce mejor nuestra forma de ser. Ese telescopio tan potente y los aparatos fueron idea suya y nadie creyó en ella.

—Mejor para nosotros —repuso Klato—. Y precisamente porque Sandor es quien más sabe acerca de nosotros es por lo que podría representar un peligro y no debemos correr riesgos.

Tras observar una pantalla, el ayudante murmuró:

—Misión cumplida, señor. En Kindu ya no quedan resistentes. La ciudad es como usted quería. Mire esto.

El panorama a través de las pantallas no podía ser más desolador.

—Podemos emprender la marcha hacía nuestro nuevo habitáculo —repuso Klato solemnemente—. En principio todos usarán escudos protectores para no entrar en contacto directo con la atmósfera y evitar cualquier otro peligro eventual.

Y el profesor Stesso, desde el laboratorio observaba también el llano donde antes se había levantado una capital orgullosa de sí misma, poblada de jardines y de bellos edificios.

—¿Dónde está? ¿Dónde está todo? —murmuró desolado.

La atmósfera, enrarecida todavía, era el último vestigio de una guerra relámpago que había empezado al amanecer para concluir con las primeras sombras del crepúsculo.

Y allí, entre los prisioneros, Sandor era uno más de los predestinados a ser sometidos por los nuevos dueños del planeta.

Poco después, llegaban las primeras naves de los seres de Klenox para tomar posesión de su nuevo habitáculo.

CAPITULO XI

Transcurrieron algunos días, y sobre la ciudad comenzaban a tomar cuerpo los nuevos edificios que los supervivientes del planeta construían siempre bajo la amenaza de sus nuevos amos.

A través de la pantalla, que podía seguir gracias al emisor-receptor de Sandor, Stesso podía ver el proceso de las obras.

Los que se hallaban con el profesor comentaron respecto a la extraña arquitectura.

—¡Qué habitáculos más raros construyen!

—Son pequeños y en forma abovedada.

Una inmensa máquina transportada desde Klenox servía para transformar el material y convertirlo en elementos para las nuevas construcciones.

El profesor observó un detalle.

—Parecen moradas particulares, pero observen como todas se comunican entre sí.

A modo de círculos, terminados todos en bóveda, las moradas estaban pegadas unas a otras, por el interior se comunicaban entre sí, formando un inmenso laberinto cubierto independiente y común a la vez.

En el centro más o menos geométrico del núcleo otros obreros construían una torre que por sus trazas debería alcanzar una notable altura.

—Esto será seguramente un observatorio —comentó Stesso.

—¡Mirad! Ya salen las escuadras de castigo —observó la hija de uno de los que ocupaban el refugio submarino. Era una muchacha joven, agraciada y extremadamente sensible.

Grupos de media docena de klenoxianos provistos de largas varillas metálicas cuidaban de enderezar a los que, agotados por el trabajo, caían rendidos.

Pinchados con aquellas varillas, un circuito desconocido recorría los cuerpos así tocados produciendo un dolor inmenso, que se traducía

en gritos guturales y ante tal amenaza muchos se levantaban sacando fuerzas de flaqueza para evitar la tortura.

Los que permanecían insensibles al castigo eran pinchados hasta que expiraban, en medio de gritos agudos representativos del inaguantable martirio.

Se produjo nuevamente la tortura y la muchacha se desmayó.

—¡Lyda! ¡Lyda! —llamó su padre.

—Es mejor que no vuelva a observar la pantalla —repuso el profesor—. Déjenla descansar y nosotros vayamos a trabajar. Tenemos una labor ardua y temo que solo no podré llevarla a cabo. Sólo confío en que Sandor pueda escapar algún día, pero... tal como están las cosas lo dudo.

Alguien advirtió :

—Sandor aguanta bien el trabajo. Nunca da pruebas de agotamiento.

Y el profesor contestó :

—¿No han observado un detalle muy curioso? Sandor parece que goza de una vigilancia especial. Parece como si le temieran.

Y Stesso, que ya había pensado en aquello, volvió a reflexionar sobre el asunto.

En apariencia, Sandor se comportaba como un obrero más y procuraba pasar inadvertido, cumplir y someterse al trato inhumano sin oponer resistencia, pero aquellos días le habían permitido entablar amistad con un joven estudiante próximo a terminar su carrera.

Se llamaba Ambari, y aunque el hablar estaba prohibido entre los obreros, siquiera en las breves horas de descanso nocturno, o en el tiempo de ingerir las pócimas que les facilitaban para el sustento, Sandor y Ambari habían conseguido burlar esta vigilancia y con todo disimulo entablaban breves conversaciones que a veces se veían obligados a cortar bruscamente para no reanudarlas hasta horas después.

—Me hubiese graduado en ciencias espaciales este curso —había dicho Ambari.

—Puedes ser la persona que necesito, pero nos harán falta más —fue la respuesta de Sandor.

—¿Piensas huir?

—Sí. Ya te avisaré.

—Será difícil.

—Creo que hay un modo para no llamar la atención.

Habían hablado en otras ocasiones sobre la búsqueda de gente idónea que pudiera ayudarles. Ambari dijo que había visto a uno de sus ex compañeros y a su profesor.

—Fantástico. Localízales. Háblales del asunto.

Y por fin, aquella noche, tras meditar concienzudamente el plan, gracias a su gran poder de concentración, Sandor pudo decir :

—Mañana durante la hora de la comida.

—¿A pleno sol? Es cuando hay más vigilancia,

—Precisamente...

—Cuidado. La vigilancia —advirtió Ambari.

—Sí, Es la última ronda. Luego nos dejarán tranquilos.

Se arrebujaron en las telas que cubrían sus cuerpos, mientras descansaban sobre el duro suelo al aire libre.

Los prisioneros, divididos en grupos, ocupaban un espacio cercado por unos alambres que apenas se tocaban producían chispas seguidas de un zumbido de emergencia.

Si ese zumbido se producía todo el grupo era sometido a tortura por medio de las varillas de los guardas de castigo.

El hecho ya se había producido en los primeros días, cuando dos hombres trataron de huir. Las chispas les fulminaron, pero pese al castigo sufrido por ambos infractores, el resto del grupo fue sometido a tortura. Más de una docena no pudieron soportarlo y fallecieron. Por eso nadie se atrevía a moverse.

Ahora la patrulla realizaba la última ronda, luego los hombres se alejaron dejando a un solo guardián en la única salida, un paso muy estrecho entre los alambres que era imposible cruzarlo sin rozarlo. Sólo cuando los presos eran despertados para reanudar el trabajo se desconectaba el sistema, lo cual se hacía también para dar paso a los que efectuaban las rondas.

Cuando éstos se hubieron alejado, Ambari murmuró:

—Sigue con tu plan. Pero lo veo muy difícil.

—¿No te has dado cuenta de que gracias a sus sistemas de alarma por las noches estamos prácticamente solos?

—Hay el guardián.

—Pero duerme...

—¿A eso le llamas dormir? —Y ambos observaron la posición del klenoxiano. De pie. Inmóvil.

—Ellos le llaman el autodomínio. Permanecen con los párpados abiertos, pero están conscientemente dormidos. No ven ni oyen... Eso lo he podido comprobar.

—¿Cómo? —inquirió Ambari.

Entonces, Sandor sacó de un pliegue oculto de su ropa un objeto largo y delgado, extremadamente puntiagudo. Era una especie de aguja que poseía un brillo muy especial.

Sandor sostenía el pequeño adminículo entre un paño de materia aislante.

—¿Qué es?

—Siempre me intrigan esas varillas de castigo que utilizan las patrullas. No hay duda que poseen una clase de electricidad producida por elementos desconocidos. Lo llamo electricidad para hacerme comprender, aunque de hecho se trata de otro fenómeno.

—Pero esa aguja...

—Es la cabeza de la varilla. La que produce el dolor. El mango es simplemente un protector.

—¿De dónde la has sacado?

—De nuestro guarda nocturno. Se la quité anoche.

—No me di cuenta.

—Estabas rendido.

—¿Cómo lo haces para mantenerte siempre despierto?

—No es ningún secreto. En primer lugar procuro autodomíname...

Luego existe otro medio menos natural, pero en este caso necesario.

—¿Un medio?

—La bazofia que nos dan para que nos mantengamos en pie. Esa mezcla de hierbas rociadas con polvos pestilentes.

—No me hables de ello.

—Seguro que a la larga puede ser pésima para nuestro organismo, pero contiene una droga especial que es la que nos produce las fuerzas necesarias para aguantar ese trabajo inhumano a que estamos sometidos.

—Eso ya lo había pensado yo.

—Bien... Si procuras aguantar sin tomar esto un día, tienes reserva para una mejor ocasión.

—¿Te has privado de comer?

—Por dos veces. Ha sido un poco duro, pero el fin justificaba ese medio empleado. Ahora dispongo de reservas que vamos a necesitar. Con ellas poseeremos un mayor número de fuerzas para conseguir huir...

—Y esa aguja que robaste, ¿cómo piensas utilizarla?

Sandor sonrió.

La inteligencia que tanto temía Klato había resplandecido.

—Escúchame bien, Ambari —empezó Sandor.

CAPITULO XII

El profesor Stesso había sido testigo de aquella conversación que además había presenciado a través de la pantalla, y comentando el plan de Sandor murmuró:

—Es inteligente, pero sumamente peligroso. Ojalá la suerte le acompañe. Dispondremos de cuatro hombres más y seguramente habrá un medio par ir rescatando poco a poco a los que hagan falta. De lo contrario, nuestro plan jamás prosperará y el planeta quedaría indefectiblemente en manos de los klenoxianos.

Stesso y los que estaban con él aguardaron al mediodía siguiente, hora en la que de acuerdo con Sandor había de tener lugar la fuga.

El trabajo de reconstrucción se efectuaba bajo la acostumbrada vigilancia y con las muestras de fatiga y agotamiento por parte de los esclavos forzados a trabajar.

El sol era agobiante cuando llegó el momento de reponer fuerzas.

Las órdenes de los que transportaban la comida eran siempre las mismas y las recordaban día a día.

—No se permite sentarse. Tienen cinco generosos minutos para tragarse la comida que les regalamos. Cuando suene el aviso deben ponerse a trabajar. El que no obedezca será castigado. No hablen. Y no dejen su trabajo hasta que les pasen el alimento.

Estas eran las normas que se repetían a diario para que no se pudiera alegar olvido, aunque de nada servía alegar en aquella comunidad de seres dominantes, adustos, inexpresivos y autoritarios.

Cada uno recibía su puñado, que se apresuraba a tomar, porque aunque no calmara el hambre, sí, al menos, a los pocos instantes proporcionaba, si no fuerzas, al menos el aliento para proseguir el trabajo.

Ambari, tras tragar su ración, tomó otra que Sandor le había dado la noche anterior.

Cerca de ellos uno de los guardas de las escuadras de castigo observaba impávido e inexpresivo a los hombres que tragaban aquel nauseabundo alimento.

El profesor desde la pantalla murmuró:

—Ha llegado el momento. Espero que tengan suerte.

Ambari sacó lentamente algo de su traje. Era la aguja que la noche anterior le había mostrado Sandor. El debía ser el primero en usarla. La sujetó con la tela aislante y se aproximó por la espalda al guarda.

Sandor hizo un movimiento de cabeza.

Era la señal.

Ambari actuó rápidamente.

Junto al guarda clavó la aguja en la escamosa piel y al instante el klenoxiano lanzó un alarido soltando inmediatamente su varilla.

Los dos compañeros del guarda acudieron en su ayuda sin saber todavía lo que había motivado el grito y subsiguiente desvanecimiento del colega.

Pero al mismo tiempo, Sandor aprovechando la confusión se lanzaba hacia la varilla que el guarda había soltado.

—¡Cuidado! —advirtió uno de los otros.

Pero Sandor ya se había apoderado del arma y la esgrimía contra su enemigo, al que logró tocar en el pecho. El otro lanzó un grito y cayó hacia atrás soltando a su vez la varilla.

El tercer guardián lanzó gritos de socorro y en seguida acudieron otros compañeros, pero Ambari se había apoderado de la segunda varilla y atacaba al tercer guardián logrando alcanzarle.

—¡De prisa! —gritó entonces Sandor avanzando hacia el interior de las construcciones.

Armados con los mismos medios que sus enemigos huyeron ambos por entre el laberinto construido ante el estupor general, cuando la alarma comenzaba a sonar.

Bólidos especiales, capaces de sobrevolar a ras del suelo, pero lo suficientemente elevados para no tropezar con ningún obstáculo comenzaron la búsqueda de los fugitivos.

En medio del desorden, Sandor y Ambari llegaron hasta el lugar donde se estaba construyendo la torre más alta de la nueva ciudad. Allí se encontraban los amigos recomendados por Ambari. Estaban esperando, entre los guardas un tanto sorprendidos por el toque de

alarma.

La aparición de los dos fugitivos sembró el desconcierto y se entabló la lucha de varillas utilizadas a modo de espadas. La ventaja de los habitantes del planeta era una mayor agilidad sobre sus enemigos que, sorpresa aparte, resultaban notablemente inferiores en fortaleza física.

Dos nuevos guardianes cayeron bajo las chispas eléctricas de aquellas armas eficaces y Ambari exclamó :

—Siga adelante, profesor Dormán... Síguele, Pritt. Por el camino del mar.

Dormán y Pritt eran los amigos que esperaban y comenzó la huida por entre el laberinto de edificaciones.

Klato, a través de una pantalla que dominaba el exterior, montó en cólera :

—¡Lo advertí! ¡Había que tener cuidado con Sandor!

—La culpa es de no tener montado el sistema de detectores, señor. Es imposible. Hay que terminar primero la construcción.

—¡Que rodeen la zona, que formen un círculo constante de vigilancia para que no puedan escapar! —rugió Klato.

Entretanto, los cuatro fugitivos habían dado un rodeo y el profesor Dormán murmuró :

—¡Volvemos a la torre!

—Es exactamente lo que me proponía. Aquí será el único sitio donde no nos buscarán. Es demasiado arriesgado —sonrió Sandor—. Vamos hacia la cavidad. Sé que están construyendo una fosa subterránea —añadió, tomando la delantera.

Los klenoxianos habían utilizado en parte los viejos canales subterráneos que sin embargo no conocían demasiado bien, por lo menos tan bien como Sandor.

—Siempre me preocuparon las características de mi ciudad. Sé como está hecho esto. Estudié muchas veces los planos. Mi padre trabajó en su construcción. ¡Vamos!

A través de los desmontes subterráneos llegaron a las antiguas galerías. Y a través de ellas fueron guiados por Sandor.

—¿Dónde vamos? —preguntó Pritt, el compañero de estudios de Ambari.

—Directamente al mar.

Pero no en vano Klato era el jefe de una raza de inteligencia superior. Por eso exclamó como un eco :

— ¡Directamente al mar!

E inmediatamente comenzó a repartir órdenes.

CAPITULO XIII

Un sexto sentido, desconocido por los habitantes de Kindu, permitía a los klenoxianos intuir las acciones de sus semejantes.

—En pura lógica ellos saben que la única salida que poseen es la subterránea —dijo Klato a su ayudante—. Su ventaja sobre nosotros es que conocen perfectamente las conducciones del subsuelo... También es lógico que los desagües desemboquen al mar... Y es donde debemos impedir que lleguen.

—¿Qué posibilidades les calcula? —inquirió el ayudante.

—Desconozco las posibilidades del mar. Esto es algo que deberemos estudiar en su propio elemento. Por supuesto por lo que hemos averiguado desde Klenox es que en el mar existe una vida animal distinta que no es compatible con los seres humanoides.

—Entonces poco daño podrán hacernos.

—Sandor es inteligente. Debe haber elaborado algún plan. Por eso se ha escapado y su gesto es una afrenta a nuestro poder, un triunfo que no debemos permitir que sus compatriotas gocen, por eso quiero su captura y la de los tres que se fugaron con él.

Ordenó buscar las posibles salidas y custodiarlas y sus hombres se desplegaron rápidamente.

Sandor, bajo tierra, se orientaba respecto al camino a seguir.

—¡Por aquí! —dijo, indicando una rampa que se sumergía más profundamente. Y en seguida aclaró—: No podemos arriesgarnos en buscar una salida demasiado fácil.

—Llevamos andando mucho tiempo. ¿Dónde calculas que estamos? —preguntó Ambari.

El profesor Dormán murmuró :

—Hemos seguido tres kilómetros en línea recta. Luego nos hemos desviado otros dos kilómetros y hemos vuelto a seguir la línea primitiva.

—Buen observador —sonrió Sandor—. Calculo que estamos bajo el curso del río.

—Próximos al mar ya —adujo Pritt.

—Sí, más o menos.

Algunas salidas de los canales a flor de tierra estaban controladas. También los pozos que conducían a algunas salidas secundarias se hallaban perfectamente vigilados por la gente de Klato.

Dormán, al cabo de otro medio kilómetro, comentó:

—Siguiendo en esa dirección llegaremos a... ¡Cielos! —escuchó un ruido y murmuró—: ¡Estamos bajo el mar!

—Exactamente. Dentro de poco llegaremos a la desembocadura del canal subterráneo. Luego tendremos que ganar la costa nadando. Tengo algunas reservas de esas vitaminas, si alguien las necesita...

El profesor Dormán negó :

—Quiero valerme por mis propias fuerzas.

—Temo que voy a necesitar algo más —murmuró Pritt—, No sé si será bueno o no, pero estoy agotado.

Dormán aclaró:

—Pritt ha sufrido mucho últimamente. Ha tenido que hacer un gran esfuerzo para sobrevivir. Lo sé porque soy también médico. Desgraciadamente no he podido tratarlo como se merecía, pero no ignoro que Pritt padece serios trastornos funcionales.

—No te preocupes, amigo. Superarás lo que nos queda —le animó Sandor.

Stesso, desde la pantalla, observaba la odisea de los fugados.

—Se acercan a la salida. Se han librado de sus perseguidores, pero ahora van a enfrentarse con algo que no esperan...

CAPITULO XIV

El nuevo peligro era de orden puramente natural. Un mar embravecido con olas gigantescas era un factor con el que no contaban.

Los cuatro fugados ascendieron por el pozo que comunicaba con el mar.

El agua les inundó por unos momentos.

—¡Cielos! ¡Hay temporal!

Pero aquello no era todo. Ambari asomó y señaló hacia un punto.

—¡Bólidos de Klenox! —exclamó.

Una escuadra de tres bólidos sobrevolaban las aguas. Las crestas de las olas salpicaban los vehículos observadores.

—Nos están buscando y nos descubrirán —exclamó Pritt.

—¡Abajo todos!

El agua, que entraba constantemente, les anegaba por completo dentro del estrecho recinto. Y ya no era posible volverse atrás.

—Tendremos que aguardar a que terminen su inspección —murmuró Sandor, contrariado por el nuevo problema.

Los bólidos pasaron muy cerca de ellos, pero el mismo estado del mar que les impedía la salida, disimulaba el pozo que emergía a flor de agua.

Los momentos de angustia se prolongaron porque el pozo permanecía casi constantemente a tope de agua y los cuatro hombres necesitaban asomar para proveerse del suficiente aire.

Entretanto, los distintos túneles subterráneos se habían llenado de guardias que también buscaban a los fugitivos.

Klato, gracias a receptores de imagen parecidos a los que poseía Sandor, podía seguir las pesquisas en los túneles.

—Esa rampa sólo puede dirigirse bajo el mar.

Observó un plano de superficie y empleó su inteligencia para

llegar a la verdad.

—Que aumenten los observadores. Sandor y los fugados se han dirigido hacia el mar. Ellos deben conocer algún punto de salida que es necesario vigilar.

Transcurrió un tiempo de sufrimientos indecibles. Pritt era el que más preocupaba al grupo, pero los demás sufrían igualmente las consecuencias de aquel temporal que a la hora del crepúsculo fue remitiendo poco a poco.

—La noche es lo único que nos puede salvar. Cuando oscurezca saldremos de aquí. Ya falta poco —murmuró Sandor, tratando de animar a los demás.

El número de observadores aumentó, pero los guardias que buscaban en los túneles habían llegado al límite del corredor y esperaban instrucciones.

—El corredor ha llegado a su fin. ¿Por dónde se sale al mar? —inquirió el ayudante de Klato.

—Es un compartimiento estanco. No conviene derribarlo para no inundar la red de corredores secundarios... Debe haber una forma lógica de abrirlo.

Algunos guardias buscando el resorte golpearon la puerta.

— ¡Hay alguien al otro lado! —exclamó Ambari.

—¡Los guardias! —dijo Pritt.

—Estamos atrapados —añadió Ambari.

Sandor asomó unos momentos y murmuró :

—Hay que intentar salir. Nadaremos bajo el agua.

Pritt asintió con magnífica voluntad y una vez más Sandor fue el primero en dar el ejemplo. Surgió un momento para lanzarse al agua y deslizarse bajo un mar más tranquilo.

De momento no fueron vistos, ni Sandor ni sus compañeros de odisea que uno a uno siguieron su camino.

Pritt tragaba agua.

Sandor, tras aspirar el aire necesario, fue en ayuda del joven al que consiguió elevar para que asomase.

—¡Vamos! Respira. Respira.

El tiempo era el único factor que les ayudaba. La noche comenzaba a cerrarse y la luna oculta aún impedía toda visibilidad.

Los klenoxianos habían logrado abrir la compuerta del compartimiento estanco y al asomar y verse en medio del mar mostraron su confusión. Se hallaban ante un elemento extraño.

Klato fue informado :

—Aquí no hay nadie.

—Han huido por el agua. Saben nadar. ¡Están bajo el agua! Búsquenlos...

Los klenoxianos dudaron. Era un método extraño para ellos, pero obedecieron. Nadaban sin estilo pero flotaban en el agua y avanzaban en distintas direcciones.

Quizá su constitución especial les permitía permanecer más tiempo debajo del agua. No necesitaban asomar tan a menudo para llenar de aire sus pulmones.

Sandor y los suyos estaban cada vez más agotados. Pritt apenas podía sostenerse y flotaba en la superficie agotando sus últimas fuerzas.

—Dejadme. Salvaos vosotros.

El profesor Dormán estaba igualmente extenuado y Ambari sacaba fuerzas de flaqueza.

Los klenoxianos avanzaban a mayor ritmo que ellos y se estaban aproximando.

De los bólidos de observación surgieron potentes focos que barrieron la superficie de las aguas, Obligando a los fugitivos a sumergirse de nuevo.

De pronto renació la esperanza. Fue como un ruido bajo el agua, algo apenas audible que Sandor adivinó sólo por intuición, aunque no lo confirmó hasta tener la certeza.

—Un pequeño artefacto anfibia. ¡Un submarino! —exclamó.

¡Estaban salvados!

A bordo de la nave iban tres hombres. Uno de ellos era el profesor

Stesso.

—Allí están. Preparen la barcaza. Emergeremos sólo el tiempo necesario. Creo que Sandor nos ha visto.

Uno de los hombres que el profesor se había llevado murmuró :

—Jamás creí que lo consiguiéramos. —Fue una suerte que cuando construyeran el refugio pensarán en los submarinos —sonrió el profesor.

Klato, desde su puesto de observación en la primera de las edificaciones que se habían construido y que ocupaba de un modo provisional, cerró la pantalla transmisora y murmuró:

—Temo que se han salido con la suya. Los hemos perdido —murmuró, pensativo.

Por supuesto no se daba por vencido.

CAPITULO XV

Durante los días siguientes, Pritt se iba reponiendo ante los cuidados de Lyda, que se reveló como una excelente enfermera pese a su escasa capacidad para soportar el sufrimiento ajeno.

El profesor Dormán resultó una excelente ayuda para Stesso, entregado totalmente a la tarea de confeccionar el gas.

—Para los usos a que iba destinado verdaderamente no sirve, pero con él se puede enrarecer la atmósfera para que sea nociva a los invasores...

—¿Y cómo piensa retener el gas en la atmósfera?

—Por medio de unos dispositivos especiales. Sandor me dio la idea. Hará falta construir unas torres que fomenten y mantengan constantemente la polución. Completamente al revés de los sistemas usuales inventados para descontaminar los ambientes en las épocas que los humos resultaban nocivos para los humanos.

—Pero la construcción de esas torres requerirá tiempo, materiales y hombres, y lo que es peor. Los klenoxianos sé darán cuenta.

—Esos problemas están en parte resueltos. El factor tiempo es importante ciertamente, pero los hombres y los materiales, Sandor los rescatará de nuestros invasores. El peligro, por supuesto, habrá que correrlo.

La tarea prosiguió y Sandor decidió que había llegado el momento de hacer la primera incursión para rescatar a algunos de los suyos.

—Tengo que hacerlo antes de que completen su red de observación, porque entonces tendrían controlados todos los puntos clave. Ambari me ayudará. Necesitaré a otro par de hombres.

Pritt se ofreció:

—Me encuentro en condiciones, Sandor. Dispón de mí.

—No, necesitas fortalecerte todavía —sonrió Sandor y miró a Lyda que permanecía a su lado.

Ambari bromeó.

—Con esa enfermera creo que yo también me pondré pachucho —

dijo.

Rieron todos. Dentro de las circunstancias las cosas parecían tomar el buen camino. Los planes seguían su curso y los peligros que debían correr resultaban inevitables.

Aquella noche, Sandor, Ambari y otros dos hombres abandonaron la base con la barcaza que mantenían oculta entre los acantilados.

Stesso recordó algo importante :

—Coloca uno de los receptores en la ciudad. Necesitamos conocer la situación.

—Descuide, profesor.

Después, ya en la orilla, aprovechando otra de las oscuras noches del planeta, se encaminaron hacia la ciudad.

Sandor conservaba las tres agujas especiales. Las dos varillas las había abandonado en la huida, pero lo importante era la cabeza de las mismas y éstas iban a resultarles muy útiles.

Sandor indicó el camino que tenían que realizar a pie.

—Hemos de neutralizar las alambradas. Yo sé por dónde se llega a las cabinas de control.

—Habrá vigilancia.

—A estas horas duerme todo el mundo —respondió Sandor.

Pero se equivocó. Klato había dispuesto una vigilancia especial, justamente en las cabinas y la proximidad de Sandor fue detectada por uno de los ayudantes cuya única misión era observar a través de la pantalla.

Inmediatamente tocó el timbre de alarma que despertó a Klato.

—Tal como usted vaticinó Sandor ha vuelto. Se dirige junto con otro hombre hacia los controles —informó a través de un transmisor.

—Magnífico. Será una buena ocasión para apresarle y hacerle confesar lo que se propone.

Sandor y uno de los hombres que habían ido con él estaban en las proximidades de los controles. Ambari aguardaba cronometrando los segundos.

De pronto, cerca de los controles sonó la alarma.

Guardianes y presos despertaron sobresaltados.

Ambari y el otro compañero se echaron al suelo.

—¡Algo ha salido mal! —exclamó.

Dos guardias armados de pistolas surgieron frente a Sandor y su acompañante.

—Nos han descubierto —exclamó, y echó mano de la única arma defensiva que poseía. Una de las agujas.

Jugándose todo a una sola carta se lanzó hacia su atacante antes de que éste pudiera reaccionar y le clavó la aguja en el pecho.

El klenoxiano lanzó un grito, al tiempo que Sandor le arrebató el arma y disparó contra el otro guardián.

El de Klenox cayó pero no fulminado, solamente paralizado por el rayo invisible.

—Coge tus armas, de prisa —gritó Sandor.

Mientras, él se lanzó dentro de los controles y buscó los contactos. No comprendía los signos para el manejo de las llaves y desconectó algunas al azar hasta que halló unas conexiones que llamaron su atención. Sin dudar lo dejó caer la aguja sobre aquel punto y se produjo el contacto que esperaba.

Una densa humareda pobló la cabina mientras un sinfín de chispas anunciaban el cortocircuito.

Sandor salió de entre el humo mientras la sirena enmudecía.

—Lo hemos conseguido —gritó.

Ambari había comprendido la realidad y pasaba entre la estrecha puerta de alambres carente de contacto. El guardián trató de impedirse utilizando su varilla electrónica, pero falta de contacto la aguja del cabezal no funcionó. Entonces, Ambari empleó los puños antes de que su enemigo pudiera reaccionar.

Aquel cortocircuito había inutilizado momentáneamente los sistemas de desplazamiento por medio de bólidos.

—Ahí radica su fallo. Un cortocircuito es suficiente... Pero deben tener otros medios —dijo Sandor.

Cierto que los tenían. Un improvisado generador volvió las cosas a la normalidad cuando Ambari atraía ya a varios de los presos.

—¡De prisa! Huyan por el túnel.

—Son rápidos —comentó Klato sin inmutarse—, pero podemos superarles. Volverán otra vez y entonces no les daremos tantas facilidades... Ahora ya sabemos lo que pretenden... Rescatar a los suyos, pero ignoramos lo que planean y esto es lo que necesitamos saber.

CAPITULO XVI

—Cincuenta, entre hombres y mujeres —sonrió el profesor Stesso y su colega—. Es un buen trabajo. Pero están depauperados, necesitarán muchos cuidados.

—Y nos hacen falta alimentos. Tendremos que fabricar sustancias sustitutas —expuso Dormán—. Ya he pensado en ello. Necesitaré algunas plantas y animales vivos.

—Tendrá todo lo que necesite —aseguró Sandor.

—De momento nos apañaremos con lo que tenemos aquí.

Stesso observó la situación de la ciudad gracias a que Sandor había colocado el dispositivo que a modo de cámara transmitía las imágenes, pero el propio Sandor tuvo la idea que iba a influir en el futuro :

—Es necesario efectuar una conexión para servirnos de sus aparatos similares a los nuestros. De este modo podremos controlar todos sus actos.

—Pero esto va a resultar muy peligroso realizarlo. A partir de ahora tomarán medidas —apuntó Stesso.

—Procuraremos cogerles otra vez por sorpresa.

La incursión tuvo lugar al día siguiente, cuando las obras de construcción se habían paralizado para dedicar a los trabajadores a la instalación intensiva de medios audiovisuales. Klato quería controlar cada rincón de la parte del planeta conquistado.

Los supervivientes de otras regiones habían sido apresados aumentando con ello el número de seres por ellos esclavizados.

Pero aquella noche, tan oscura como la anterior, Sandor con ayuda de un par de hombres llegó a la ciudad con unos cables y procuró moverse en el más absoluto silencio.

Observó, eso sí, un aumento en el número de vigilancia y tanto él como los suyos tuvieron que andarse con cuidado para evitar los potentes focos rotativos que iluminaban, la superficie barriéndola materialmente a fin de descubrir cualquier cosa que se moviera.

—Iremos directamente a la central —dijo Sandor.

Era la residencia de Klato y su séquito de ayudantes.

Dos guardianes cubrían la entrada pero Sandor sacó una de las pistolas de rayos paralizadores que si no mataban dejaban insensibles y fuera de combate a sus enemigos que caían sin ruido.

Los guardianes cayeron sin lanzar un solo grito.

Luego las pistolas tuvieron que ser empleadas nuevamente ante otro par de guardias que efectuaban una ronda en el interior del edificio.

Le tocó el turno a los ayudantes que observaban a través de las pantallas.

Uno se volvió suspicazmente cuando el rayo buscaba ya su cuerpo.

—Listo —susurró Sandor—. Ahora permaneced atentos mientras yo trato de arreglar esto.

«Arreglar» significaba hacer las conexiones necesarias.

Las hábiles manos de Sandor trabajaron de prisa. La conexión se confundía con los cables de los aparatos klenoxianos. Sandor estableció el puente necesario y pasó el cable al generador principal con una derivación hacia el cerebro ordenador de las imágenes.

—Creo que ya está.

Había trabajado de prisa, pero no tanto como para que los guardianes comenzaran ya a reanimarse.

—Necesito entrar en contacto con el profesor Stesso —murmuró Sandor.

Buscó la señal de frecuencia y aguardó.

La voz del profesor Stesso sonó suave :

—Te veo perfectamente, Sandor. Lo has conseguido. Voy a probar en diferentes enfoques.

Stesso manipuló y la pantalla única le ofreció diversos planos de otros puntos de la superficie. ¡Ahora podían seguir exactamente todos los movimientos del enemigo!

Precisamente gracias a esta primera experiencia Stesso descubrió que los dos primeros guardianes paralizados se estaban incorporando.

—Debéis daros prisa antes de que os descubran —exclamó informando del peligro.

—Vamos a marcharnos ahora mismo —y Sandor cortó la comunicación.

Los guardianes del interior sólo se removían, pero los de fuera acababan de tomar conciencia de lo ocurrido, pero no tuvieron ocasión de dar la alarma porque dos nuevos rayos les devolvieron el sueño.

—¡Vamos! Utilizaremos uno de sus bólidos. Me interesa conocer su funcionamiento —murmuró Sandor.

Cuando el bolido robado emitió unos de sus característicos zumbidos, Klato supo que había sido burlado una vez más.

—Siempre dije que Sandor sería un peligro. Pero en adelante ya no volverá a sorprendernos. Utilizaré otro medio. Un medio infalible...

Klato, aquella vez iba a disponer de una trampa totalmente inesperada. Algo que superaba toda imaginación y sonrió pensando en el éxito.

CAPITULO XVII

—Está preparando una trampa, Sandor —dijo Stesso—. Pero él ignora que nosotros lo sabemos.

—No son tan listos como creía —adujo Ambari.

—No les menosprecies, amigo. Klato no es ningún idiota. Le hemos vencido simplemente por anticipación —murmuró Sandor.

—No vuelvas por el momento, Sandor —advirtió el profesor Stesso—. Quieren cazarte y tienen medios para conseguirlo. Tu inteligencia unida a la suerte te ha permitido triunfar, pero no tendrás la buena fortuna que te ha acompañado.

—Me gustaría saber en qué consistirá esa trampa.

—Lo sabremos. Tenemos controlados todos sus puestos. Esto será fácil —murmuró Ambari—. Gracias a ti poseemos el mejor de los espías. Sus propios medios de difusión.

Pero Sandor no estaba demasiado convencido. Temía. Temía algo inesperado pero no ciertamente lo que le estaba preparando Klato.

* * *

El transcurso del tiempo había activado notablemente los planes de invasores e invadidos.

Los segundos se habían lanzado ya a la construcción de los puntos desde donde llegado el momento sería posible dominar la atmósfera.

Los gases fabricados por Stesso y rectificados convenientemente se depositaban en las bolsas construidas de antemano en el fondo del mar. De hecho las construcciones primitivas contribuyeron enormemente en la acción reivindicadora de los supervivientes.

Quedaba todavía mucho trabajo para realizar pero todo seguía de acuerdo con el plan.

En ningún momento se descuidaba la observación de los movimientos de los klenoxianos que seguían perfectamente controlados.

Sandor había realizado una nueva incursión y consiguió llevarse a nuevos prisioneros para incorporarlos al refugio. La mano de obra era

imprescindible y los rescatados se hallaban encantados de trabajar en favor de la libertad.

Sandor no tuvo dificultades en esa nueva incursión gracias a conocer más a fondo los mecanismos de defensa cada vez más perfeccionados de los invasores.

Efectuó una tercera incursión, siempre actuando sobre seguro, pero sin confiarse.

Stesso no vacilaba en recordarle:

—Klato ha preparado algo. En cualquier momento puede surgir la sorpresa.

—He conseguido armas tuyas importantes que ahora nos permiten fabricar otras semejantes, conocemos sus sistemas y copiamos sus métodos... —murmuró Sandor una noche reunido con Pritt, Lyda y Ambari—. Sin embargo, hay algo que no acaba de gustarme. Stesso tiene razón en recordarme los peligros.

—Lo que ocurre es que los hemos supervalorado. Ellos tienen sus fallos, uno de ellos es que podemos controlarles perfectamente —sonrió Ambari.

Más tarde, en vísperas de la última incursión planeada, Lyda quedó a solas con Sandor. Lyda, en el tiempo transcurrido, había cambiado totalmente. Era una auténtica mujer. Se había responsabilizado, tomado conciencia de su propia importancia en un mundo limitado en el que todos tenían una misión que cumplir y resultaban imprescindibles o al menos necesarios.

—¿Piensas que están al corriente de lo que hacemos?

—No lo sé, pero han demostrado sobradamente su inteligencia en muchos aspectos. Y ahora en cambio...

—¿Qué?

—Es extraño que no hayan descubierto nuestros métodos por ejemplo.

—¿Métodos?

—La interferencia de su señal televisiva.

—¡Oh, Sandor! Creo que te preocupas demasiado. Ambari tiene razón. Les hemos supervalorado. Son inteligentes, cierto, pero no

somos tan inferiores a su lado.

Estaban ambos contemplando una sección de pantallas que habían construido en los últimos tiempos. Lyda se había aplicado y deseosa de ayudar resultó ser una competente y aplicada operaria. Ella observaba también las distintas dependencias de la ciudad, que estaba prácticamente construida.

Ambos observaban los compartimientos de los presos, la superficie, las nuevas dependencias.

Sandor, enfrascado en sus propias cavilaciones murmuró en voz alta :

—A medida que avanzan colocan nuevas pantallas, nuevas cámaras que al enlazar con las ya existentes nos permiten seguir controlando todos los rincones.

—Es lógico.

—¡No es lógico, Lyda! ¡Tenían que haberlo descubierto!

—Según tú, permiten que les espiemos.

—Tal vez.

—¿Con qué objeto?

—Quizá para distraer nuestra atención de otros planes... De sus verdaderos planes...

Y Sandor no andaba desencaminado, porque si bien podían controlar por las pantallas todos los rincones de la nueva ciudad que había crecido e incluso captaban a la perfección conversaciones, pequeños planes y nuevas técnicas de los klenoxianos, había algo que ni Sandor ni nadie podía controlar.

* * *

Klato descendió al subterráneo de una de las construcciones. Era la única que carecía de medios controlables. Allí no existía pantalla ni cámara alguna. Era un recinto totalmente a salvo de miradas indiscretas.

Allí se reunía Klato con sus médicos cirujanos, con sus profesores y con sus ayudantes.

—¿Cómo está el plan? —inquirió a los seres que habían aguardado

su presencia.

—Ultimado, Klato. Puede ponerse en marcha cuando usted lo crea conveniente.

—¿Algún fallo previsto? —preguntó Klato.

—Ninguno. Todo está resuelto.

—¿Puedo verlo?

—Desde luego, Klato. Pase al gabinete y juzgue. El trabajo es perfecto.

Klato sonrió y aceptó la invitación de sus hombres más sobresalientes. De los que habían hecho posible la trampa...

* * *

Sandor cerró las pantallas dándole al conmutador.

—Es inútil —murmuró.

Ambari y Pritt aparecieron en la estancia.

—Nunca ocurre nada. No hablan de nada realmente importante. Por eso me preocupa.

Ambari interrumpió:

—¿Piensas volver esta noche?

—Desde luego.

—Te acompañaremos... —dijo Pritt,

—No. Es mejor que descanséis. Elegiré a otros.

—Como quieras —musitó Pritt—. ¿Vienes, Lyda?

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza y se quedó junto a Sandor.

—¿Por qué no vas con él? —le preguntó al quedarse a solas con la muchacha.

—Porque en estos momentos me necesitas más tú. Estás deprimido.

—Es lógico. Tengo ante mí una gran responsabilidad. Si en algo

fallo todo el plan puede venirse abajo y todos vosotros sufriríais las consecuencias.

Lyda miró profundamente a Sandor.

—Todo saldrá bien.

—No quiero contagiaros mis presagios. Anda, ve con Pritt.

—¿Por qué?

—Bueno. Creí que tú y él...

—Somos buenos amigos. Le atendí cuando estaba enfermo, nada más.

—Oh... En ese caso, no he dicho nada.

Ella seguía mirándole profundamente. Sentía admiración por Sandor, y esa admiración quizá se estaba convirtiendo sin que la propia Lyda lo advirtiera en algo más profundo,

Sandor salió para preparar la última incursión a la ciudad.

En aquel momento Klato, jefe de los seres de Klenox, salió del gabinete.

—Es exactamente lo que yo deseaba. Una trampa perfecta. No esperaba menos de su ciencia, señores.

Sandor salió con sus hombres hacia el centro de la ciudad.

CAPITULO XVIII

!

Todo se realizó igual que las veces anteriores. Pantallas portátiles y detectores transmitían constantemente la situación de los hombres comandados por Sandor.

A través de la pantalla podían verse los distintos recintos, las dependencias sumidas en la calma nocturna, los guardianes dormidos, y algunas patrullas rutinarias de vigilancia.

Sandor pensó una vez más que precisamente la anormalidad estaba en lo normal, pero tenía que proseguir, necesitaba más gente para culminar los preparativos para el gran ataque.

Observó por última vez la pantalla para comprobar lo que ya sabía, el crecimiento de la nueva ciudad construida con el esfuerzo de los prisioneros.

La torre estaba concluida y dominaba todo el llano. Dentro se hallaban instalados los más complicados aparatos y todos los controles funcionaban transmitiendo datos y recogiendo informaciones atmosféricas.

Concentró su atención en el trabajo que iban a realizar. Sabía que muchos de los prisioneros les estaban esperando siempre y deseando ser liberados.

Cada vez actuaba de forma distinta, por eso uno de sus acompañantes le preguntó :

—¿Qué sistema emplearemos en esta ocasión?

—Esto —y Sandor mostró un pequeño aparato.

—¿Para qué sirve?

—Para neutralizar la corriente de la zona elegida. Será el sector IV —indicó.

—¿Y cómo funciona?

—Se pulsa ese botón y... —Un circuito cruzó intermitentemente los dos polos mientras una pequeña luz piloto iba ganando en intensidad. El voltímetro describía la energía.

—Cuando llegue al punto cero la corriente del sector IV quedará neutralizada. Vosotros os encargaréis de paralizar al guardia. Lo demás espero que sea tan fácil como en las ocasiones anteriores.

El voltímetro siguió oscilando hasta alcanzar el punto convenido.

—¡Ahora! —susurró Sandor.

Los cuatro hombres que le acompañaban se adelantaron. Uno de ellos disparó contra el guardia dejándole completamente dormido. Luego los compañeros de Sandor entraron en el sector IV.

—¡Vamos! Todos arriba. Os ha tocado el turno a vosotros. Escapad.

No fue necesario repetir la orden, y con la misma facilidad de otras veces se consumó la fuga.

Los presos sacaban fuerzas de flaqueza en su carrera hacia la libertad. Unos tenían que ayudar a otros. Los más débiles caían.

—¡Alarma, alarma! —gritó alguien.

Aquella vez los klenoxianos repararon más pronto que en las últimas veces en la fuga y sonaron las sirenas y zumbaron los vehículos perseguidores.

Pero Sandor había hecho reparar el vehículo de transporte que solía dejar en la única zona donde podía quedar oculto a los ojos electrónicos o cámaras que transmitían las imágenes.

—¡De prisa! El vehículo está a cien metros.

Una de las mujeres rescatadas cayó extenuada.

—No puedo más, ayúdenme...

Vestía andrajosamente como todos; el tiempo, la intemperie y las condiciones infrahumanas de vida habían convertido a los prisioneros en seres depauperados que apenas tenían con qué cubrirse. Las ropas deshilachadas, viejas, los zapatos destrozados y la falta de aseo contribuían a que los que todavía quedaban bajo el dominio de los klenoxianos presentaran aquel aspecto indescriptible e inhumano.

—¡Ayúdeme! —siguió la mujer.

Sandor se aproximó. Pensó que debía tratarse de una chica joven a pesar de su aspecto desgreado, sucio.

—¡Vamos, la llevaré en brazos! —dijo, cogiéndola para correr hacia el vehículo que ya comenzaba a ser ocupado por los primeros en llegar.

—Nos alcanzarán... —murmuró la muchacha, aterrada.

—Espero que no.

—Déjeme. Soy un lastre para usted. Sálvese, Sandor. Todos le necesitan. Hace usted una labor maravillosa.

—¿Me conoce?

—¿Quién no? No se habla de otra cosa en todos los campamentos. Su nombre es una esperanza para todos, pero yo ya le conocía de antes.

Los klenoxianos estrecharon el cerco y Sandor se vio obligado a buscar cobijo tras unas ruinas a escasa distancia del vehículo.

—Silencio —susurró él.

Ella calló, aferrada al cuello de su salvador. Los bólicos pasaban raudos y los chorros de luz batieron otra parte de la zona.

—Soy la hija del doctor Presco.

—¡Layen Presco! —exclamó Sandor, maravillado, y no había para menos. Layen Presco había sido su maestro. El hombre de quien todo lo aprendió y a quien realmente admiraba—. ¿Vive tu padre?

—No, Sandor.

—Intenté buscarle cuando estuve prisionero.

—Entonces sí vivía. Murió torturado.

—¡Oh! Cuánto lo siento. Layen Presco era un gran hombre. Si leuviésemos entre nosotros...

—Cuando tú lograste escapar tu nombre empezó a hacerse popular y mi padre me habló de ti, y desde entonces recordé haberte visto entre los presos... El conservaba un retrato tuyo de una reunión.

—Sí. Ya recuerdo...

—Yo tenía otro aspecto mejor, Dos años son una eternidad.

—Recobrarás tu aspecto y te repondrás, Adra.

—Celebro que no hayas olvidado mi nombre —y la muchacha clavó sus ojos brillantes en las pupilas del joven.

* * *

Estaban a salvo en el refugio submarino. Una vez más habían concluido la operación sin bajas y evitando el peligro.

Dormán ya no era el único en cuidar a la remesa de depauperados prisioneros. Entre los anteriores rescatados se encontraban médicos que ya del todo recuperados ayudaban a los nuevos que eran atendidos inmediatamente y ocupaban las plazas de preferencia.

—Tendremos que seguir ampliando el refugio —murmuró Stesso —, Estamos a tope.

—Aquí tiene los planos para las nuevas cámaras supletorias —indicó otro de los científicos que ayudaban al profesor.

Sandor se interesó de un modo especial por Adra Fresco.

—Su estado es el habitual de todos. Cansancio, agotamiento y desnutrición, pero se repondrá —dijo el médico que la atendía.

Adra con el cuerpo limpio había cambiado por completo su aspecto, Sonrió a Sandor cuando éste la visitó de nuevo.

—No has cambiado. Sólo diría que estás más hermosa —dijo el joven.

—No digas eso. Después de lo que he sufrido. Tú sabes perfectamente cómo somos tratados allí.

—Hacemos lo posible para remediar la situación, pero necesitamos espacio...

—¿Y el futuro? ¿Será éste el definitivo lugar? Los seres que nazcan vivirán bajo el agua...

—¡Oh, no! Pero ya hablaremos de esto más adelante. Ahora te conviene descanso —se aproximó para acariciarle el rostro.

Lyda apareció en aquellos momentos. Cuidaba a los enfermos cada vez que llegaban las nuevas remesas. Miró un tanto contrariada el gesto cariñoso de Sandor hacia la muchacha y comentó:

—Déjala descansar, Sandor. Cuando llegan aquí lo necesitan. —Había una cierta sequedad en su forma de expresarse.

Sandor se dirigió al laboratorio del profesor, que preguntó :

—¿Alguna novedad?

—No. Más o menos igual. Se diría que no les importa que les libremos de los presos. Y tal vez así sea... ¡Profesor! ¿No se le ha ocurrido pensar que hayan podido descubrir nuestro escondrijo? —se le ocurrió de pronto a Sandor.

—¿Cómo?

—Por medio de detectores tal vez. Poseen sistemas desconocidos para nosotros.

—De haberlo descubierto lo habrían destruido. ¿No crees?

—Tal vez... Es sólo una idea, pero...

—¿Qué? —inquirió Stesso.

—No lo sé...

—Dilo, Sandor. Aunque te parezca una idea descabellada.

—Algo puede impedir destruirnos.

—Tienen armas eficaces. Cualquiera puede surtir efecto bajo el agua. No tenemos ninguna protección especial. El laboratorio no se construyó a prueba de ataques, sino para investigación del gas descubierto.

—Entonces quizá no les interese destruirnos.

—Puede que en realidad no lo sepan —murmuró Stesso.

—Discrepo, profesor. Yo estoy seguro de que sí. Nos han tendido una trampa y tenemos que descubrirla antes de que sea demasiado tarde.

CAPITULO XIX

Todas las noches, las brigadas de trabajadores se desplazaban a apartados lugares para instalar las torres. Era un trabajo duro y expuesto, pero a pesar del tiempo transcurrido nunca habían sido descubiertos.

Es claro que Sandor y Stesso habían elegido lugares estratégicos, junto a ruinas que, caso de ser detectados, podrían confundirse con viejas edificaciones existentes ya antes de la invasión.

Sandor estaba efectuando sus cálculos sobre las instalaciones cuando apareció Lyda.

—Adra quiere verte. Le dije que estabas ocupado pero insiste, dice que desea ayudarte.

—¿Cómo se encuentra?

—Hace dos semanas que la trajiste. Está bien, como todos los demás.

—Búscale algún trabajo. Dile que pase, hablaré con ella. Ya te dije que era la hija de...

—Sí, Sandor. Sé quién es... Y también sé que se trata de algo bastante «especial».

—¿Por qué dices eso?

—Le hablé de cuidar de las labores propias de una mujer. De hacer de enfermera, de ayudar a confeccionar las telas sintéticas, etcétera, etcétera, pero no parece entusiasmarle la idea.

—Bueno, bueno. Hazla pasar.

No fue necesario porque Adra estaba allí, y quizá lo más molesto de la muchacha era su inquietante belleza, por lo menos para Lyda, que se retiró murmurando algo entre dientes.

—Me siento como nueva, Sandor. Todos se han portado maravillosamente conmigo.

—Hacemos igual con todos, Adra. No podemos hacer distingos en nuestra comunidad, todos luchamos por la misma causa y debemos ser útiles.

—No pretendo otra cosa que ayudar. Por eso quería verte...

—Bueno, Lyda se encargará de...

—Sí, lo sé. Pero quería que supieras que en los últimos tiempos me convertí en ayudante de mi padre. Aprendí mucho de él. Eso quizá pueda ser útil aquí,

—Bueno... En este caso, hablaré con el profesor Stesso. El lleva los asuntos científicos. Te hará una prueba. Un ayudante nunca viene mal. Necesitamos acelerar lo que estamos haciendo.

—¿Puedo saberlo?

—Todo el mundo lo sabe aquí. Trabajamos para la libertad. Algún día expulsaremos a nuestros invasores. Tendrán que buscar otro sitio a menos que quieran someterse.

—¿Cómo pensáis hacerlo? Son poderosos e inteligentes.

—Pero tienen sus puntos débiles.

—¡Cuánto le hubiera gustado a papá colaborar con vosotros! Preséntame al profesor Stesso, quiero ponerme a trabajar en seguida. Ya que mi padre no puede hacerlo, procuraré demostrar todo lo que me enseñó.

—Sí. Ahora mismo vamos.

Lyda apareció de nuevo como si pasara por casualidad.

—¡Ah, Lyda! Recoge esos planos y entrégalos en el departamento de construcción. Nos faltan únicamente dos torres para proceder a las conexiones, luego todo dependerá del gas. Si todo sigue al ritmo actual, antes de un año todo estará dispuesto.

Y Sandor se alejó hablando con Adra, a la que presentó al profesor y la dejó con él para volver a otra de sus múltiples tareas de inspección.

Se instaló en la sala dispuesta para el telescopio que por medio de una plataforma elevadora, convenientemente aislada podía emerger y de este modo observar el espacio y estudiar la atmósfera.

Esta vez fue Lyda quien le interrumpió con un :

—¡Vaya! ¡Conque la chica es ima entusiasta de la ciencia! —y lo dijo con un marcado retintín.

—Y tú le has cogido manía.

—Me sacan de quicio las sabihondas.

—Ten un poco de caridad. Recuerda cuánto has cambiado tú misma en el último año.

Lyda murmuró algo ininteligible.

—No te lo digo para ofenderte.

—Lo sé, lo sé —admitió—. La verdad es que tienes razón. Yo no tenía valor para nada, me desmayaba... Ahora me siento más mujer..., quizá ésta sea la causa de...

—¿De qué?

Lyda bajó la mirada y murmuró :

—De nada. Perdona que te haya molestado en tu trabajo.

Cuando se fue Sandor sacudió la cabeza de un lado a otro y se dijo para sí: «¿Qué mosca le habrá picado ahora?»

Con poco más de un año de vivir en aquella situación, la vida en el interior del laboratorio se había normalizado y para muchos resultaba casi lógica, y dentro de la buena organización reinante era lógico que entre jóvenes naciera el amor. Eran muchas las parejas que se habían confesado sus mutuos sentimientos después de conocerse en el interior del recinto submarino.

Algunos no habían querido esperar a desposarse y lo hicieron de acuerdo con las normas tradicionales. Stesso y Sandor, como iniciadores de la idea habían asistido ya a varias de aquellas ceremonias.

A Sandor el trabajo de siempre le había absorbido de tal modo que nunca había pensado seriamente en el matrimonio, y ahora, por las excepcionales circunstancias de la situación, menos todavía, ya que apenas tenía un minuto libre.

No obstante, una idea fugaz cruzó por su mente, fue un pensamiento relámpago :

«Si tuviera que elegir entre Lyda y Adra no sabría por cuál de las dos decidirme...»

Casi inmediatamente se extrañó que pudiera pensar en tales cosas cuando más trabajo tenía.

Fue al salir de la plataforma que sus ojos se clavaron en algo. Era como un trozo de metal cilíndrico, un pequeño tubito de apariencia maciza que tomó entre sus manos.

—¿De dónde habrá salido esto? —se dijo en voz alta.

Aquel brillo le recordaba algo.

Poco después ante el profesor Stesso dijo:

—Que analicen esto, profesor.

—¿Qué es?

—Lo encontré por el suelo. Aquí no se fabrica ninguna pieza como ésta, ni parece tener ninguna aplicación. Quisiera saber de qué material está compuesta exactamente.

—Descuida, Te comunicaré los resultados en seguida que los sepa. Por cierto, quería hablarte de esa chica: Adra Presco.

—¡Ah! ¿Qué tal?

—No tengo ningún inconveniente que se quede en mi departamento. Verdaderamente es hija de su padre. Yo no le conocía personalmente, pero había oído hablar de él. Con el tiempo, Adra será una eminencia.

—Lo celebro.

Adra regresaba en aquellos instantes con unos apuntes.

—Aquí tiene lo que me ha pedido, profesor. — Y al descubrir la presencia de Sandor le saludó obsequiándole con una sonrisa—. ¡Oh! Ya ves que me han aceptado...

—Y con una excelente nota. Lo celebro —repuso Sandor.

Stesso entregó el hallazgo de Sandor a la joven.

—Tome, esto es urgente. Diga a Starbott que lo analice. Quédese con él si desea ayudarlo.

Ella miró el objeto y frunció el entrecejo:

—¿Qué es? —inquirió.

—Es precisamente lo que deseamos saber.

—Está bien. Adiós, Sandor. Ya ves que no me falta trabajo.

Sandor se la quedó mirando mientras se alejaba, por lo que el profesor murmuró :

—Y además muy bonita, ¿no?

—¿Cómo dice? ¡Oh, sí! Discúlpeme, y pásame este informe así que lo tenga. Hasta luego, profesor.

El informe no se hizo esperar. La propia Adra estaba presente cuando el analista informó:

—Es un material completamente nuevo.

—Papá lo llamaba Balcanita —adujo Adra—. Había tomado algunas muestras de un meteoro.

—¿De dónde procedía?

—El meteoro no se supo nunca, pero el material, según los informes de papá, procede de Klenox.

A Sandor pareció no cogerle por sorpresa.

Tras un silencio, el analista Starbott añadió:

—Tiene ciertas propiedades conductoras... Podría emplearse como cable transmisor, incluso a largas distancias.

—¿Sin conexiones? —preguntó Sandor.

—Habría que probarlo.

—Creo que no es necesario, Starbott. Empiezo a sospechar la verdad —repuso Sandor, convencido de la gravedad de su descubrimiento.

CAPITULO XX

Sandor se había reunido con el profesor Stesso, con ellos se hallaban también Dormán, Starbott y un técnico en transmisiones.

—Estoy seguro de que esto no llegó aquí casualmente... Y su misión es bien simple... Transmitir a los klenoxianos.

—Esto no puede ser. Significaría tanto como admitir que uno de ellos ha estado aquí... No, no. Debe de haber otra explicación —adujo Stesso.

El técnico en transmisiones intervino para aclarar.

—Lo cierto es que este simple aparato actúa como micrófono a distancia.

—Por eso siempre sospeché que «ellos» habían descubierto nuestro escondrijo.

—¿Pero cómo ha llegado hasta aquí? —insistió Stesso.

—¡Claro! Esa es la trampa —exclamó Sandor tras un silencio.

Todos dejaron que continuase.

—Ahora comprendo por qué, aparentemente, hemos tenido facilidades en las últimas incursiones para rescatar presos. Klato se valió de cualquiera de ellos para meterle esto entre las ropas. Puede que existan otros en el refugio. De este modo nos tiene controlados...

La idea no era descabellada y Stesso adujo:

—Puede que no sepa el emplazamiento de nuestro refugio e ideó este sistema para localizarlo y enterarse de nuestros planes.

De nuevo intervino el técnico en transmisiones:

—De todos modos no hay motivo de alarma, señores... Tengan en cuenta que estamos aislados bajo el mar. Este artefacto, pese a su poder, sólo podría tener utilidad, en transmisiones de superficie. Si la idea de introducir esos aparatos fue de Klato, en esta ocasión erró.

—¿Está seguro?

—Completamente. Aunque desconozco la naturaleza del metal y su poder real, puedo asegurarles que desde nuestra posición quedamos

totalmente incomunicados con el exterior a excepción de las pantallas, gracias a los conductos especiales conectados fuera del refugio.

—Bien... En este caso —murmuró Sandor— esto nos servirá de aviso para mantener abiertos los ojos. Pienso que sería mejor hacer un buen registro por todo el refugio por si hay otros tipos de artefactos como éste.

Partiendo de la base de que aquellos aparatos pudieran estar entre las ropas de los rescatados se buscó entre los compartimientos destinados a soltar los desperdicios, puesto que las ropas de los prisioneros si no eran aprovechables para fabricar materia sintética con que confeccionar otras, se destruían para ser expulsadas al mar.

Nadie había encontrado nada. Tampoco en los compartimientos se encontró ningún metal parecido, ni en la sección de fabricación.

Se procedió a registrar compartimiento por compartimiento. Todo se hizo de forma minuciosa y exhaustiva, pero la búsqueda resultó infructuosa.

Se daba ya por terminada la tarea cuando alguien hizo sonar la alarma o señal de que había encontrado algo...

* * *

Una mujer que participaba en la búsqueda lanzó un grito de horror.

El hallazgo tuvo lugar en uno de los compartimientos estancos que servía de base al submarino.

Había sido totalmente inundado y el agua salió a presión cubriendo una buena parte del corredor.

Cuando el agua hubo bajado de nivel, apareció en el compartimiento el cadáver de alguien flotando.

Era el cuerpo de un klenoxiano.

Sandor murmuró :

—Nos habían descubierto. Ese sujeto debió entrar por el exterior valiéndose de algún medio que hay que descubrir inmediatamente. Quizá no haya sido el primero.

Luego dio orden de utilizar la bomba para achicar el agua. Más tarde quedó dictaminada una orden para proceder a una vigilancia

permanente en todo el refugio, especialmente a los lados de las compuertas y a través del visor encristalado que, aparte de las bellezas marinas que ofrecía en forma de acuario natural, resultaban un excelente punto de observación por si alguien se acercaba bajo el agua.

* * *

Klato, por su parte, reunido con su gente, se mostraba notoriamente satisfecho y pronunció una palabra que habría hecho dudar a Sandor.

—Conocemos el sitio y sabemos que la trampa sigue funcionando. Todo sigue su curso.

¿A qué trampa se refería Klato?

* * *

Algunas horas más tarde, Sandor recibía el informe que comunicaba a Stesso nuevamente reunido con Dormán, Starbott y un ingeniero.

—La plancha, evidentemente, ha sido perforada con un arma de alto poder —informó Sandor.

—Cierto —admitió el técnico.

—Siga usted, por favor —pidió Sandor, y el técnico continuó la explicación que había iniciado el joven.

—Si suponemos que el klenoxiano tenía como misión depositar esa especie de micro en el refugio, debemos admitir que entró, pero para hacerlo tuvo que cerrar nuevamente la puerta y trabajar nuevamente bajo el agua para expulsarla, de lo contrario hubiera inundado parte del refugio, exactamente como ocurrió hoy. Admitamos que lo hizo así... ¿Qué pasó luego para morir ahogado entre las dos puertas...? Para ello tuvo que abrir la segunda, la que comunica directamente con el agua... Hasta aquí correcto porque ello explicaría la inundación, pero la segunda puerta estaba cerrada y el compartimiento inundado.

—Ahí está la cuestión, señores —intervino nuevamente Sandor—. Yo no soy un técnico en submarinos, pero es evidente que «alguien» tuvo que cerrar esa puerta desde el mar dejando inundado el compartimiento y el cadáver del klenoxiano.

—Eso nos lleva a suponer que fue más de uno el que vino —

comentó Dormán—. ¿Es eso a lo que se refiere?

—No exactamente. Mi pregunta es: ¿Por qué dejaron ese cadáver en el compartimiento?

Todos se miraron en silencio.

CAPITULO XXI

Durante los tres meses siguientes no había ocurrido ninguna anormalidad. El trabajo en el refugio submarino proseguía a buen ritmo y por parte de los invasores de Klenox no hubo nuevos intentos de aproximación al refugio.

Lo único destacable fue la nueva remesa de prisioneros rescatados por Sandor con pleno éxito.

Se puso especial atención en registrar las ropas de los recién llegados, pero tampoco se encontró nada en ellas.

Daba la sensación de que los invasores aceptaran la situación como si la consideraran normal, a pesar de que el número de fugados llegaba ya a los trescientos.

Un día más tarde, Stesso declaró lacónicamente:

—Poseemos la reserva de gas necesario. Como ves hemos trabajado de prisa. Ahora ya todo depende de las instalaciones.

—Esta noche quedarán ultimadas. Será necesario efectuar una prueba. Verdaderamente, todo ha ido mucho más rápido de lo que pensamos al principio.

El profesor mostraba un cierto desaliento, como si algo no le satisficiera por completo.

—Hemos estado trabajando para destruir. Siempre he odiado la guerra y he tenido que emplear mi ciencia para eso.

—Era necesario, profesor. También yo soy amante de la paz, pero hemos sido arrojados de nuestro habitáculo, hemos visto morir a miles de seres inocentes y hemos sido sometidos por una raza sin sentimientos. Quizá si hubiésemos parlamentado a tiempo se habría podido evitar, pero ahora ya es tarde para disquisiciones. Ellos empezaron matando, nosotros seremos más generosos, porque les daremos opción a oír. Cuando todo esté listo les haremos llegar el aviso. Tendrán tiempo para reflexionar.

Dormán permaneció silencioso, pero no así otros que formaban parte de la reunión.

—No debemos permitirles que escapen. Si les damos esa

oportunidad volverán y nos destruirán de nuevo. Ellos tampoco nos dieron ninguna opción, atacaron para aniquilarnos. Deben morir.

Starbott fue de la misma opinión.

—Es verdad. Es una raza peligrosa. Pueden volver más fuertes que ahora.

—Creo que lo mejor será someterlo a votación —adujo Sandor para romper la polémica.

Al salir se cruzó con Adra, que preguntó:

—¿Todo dispuesto ya?

—Esta noche efectuaremos las pruebas. Luego someteremos a votación la decisión final.

—¿Tú qué opinas?

—Particularmente creo que tienen razón los que votan por eliminarlos, pero esto es contrario al respeto que yo siempre he sentido por toda criatura viviente.

—Eres muy generoso. Me he dado cuenta en este tiempo, pero los demás no opinarán así.

Caminaban por el corredor. Lyda apareció de pronto para informar :

—La última conexión ha sido instalada —dijo simplemente.

—Bien, avisa al profesor. Di que puede informar a todos sobre las propuestas. Cada uno que vote libremente de palabra. Luego, cuando los que han hecho las últimas instalaciones regresen, efectuaremos la prueba.

Lyda asintió en silencio, con cierta tristeza.

A Sandor no le había pasado inadvertido aquel sentimiento general extraño, como si algo indescifrable flotara en el ambiente. Y era por parte de todos, hasta él mismo sentía una especie de vacío inexplicable.

Aquella sensación de algo que iba a suceder no le había dejado ni un solo instante a pesar de la absoluta normalidad que al menos en apariencia se respiraba.

Lyda se había alejado. Quedaban solos en el corredor que

comunicaba con otras dependencias, él y Adra. De pronto sonó el zumbido propio de las conexiones para transmitir los mensajes que pudieran ser oídos desde todos los rincones del engrandecido refugio submarino.

Sandor esperaba oír la voz del profesor, pero lleno de estupor fue una voz ronca la que llegó hasta sus oídos. Una voz inconfundible. La voz de Klato.

—¡No es posible! —exclamó.

—Atención a todos los habitantes del refugio submarino —repitió el jefe de Klenox—. No esperéis el regreso de los últimos instaladores. Ellos han terminado el trabajo y han muerto. Era el momento que estábamos esperando, porque desde hace tiempo conocíamos vuestros propósitos. Si os hemos dejado continuar ha sido para provecho nuestro. Necesitábamos conocer muchas cosas referentes al mar que en nuestro planeta ignorábamos. Poseíamos únicamente conocimientos rutinarios. En eso nos aventajabais, pero ahora todo ha cambiado y vuestro refugio es sumamente interesante, pero en adelante seremos nosotros quienes lo dominemos.

—¡Klato! ¡Klato! ¿Puede oírme? —interrogó Sandor.

Todo el mundo guardaba silencio. A muchos, sin embargo, aquello que estaba sucediendo parecía dejarles indiferentes, como si fuera algo irreal.

Stesso y Dormán, en el laboratorio habían quedado inmóviles.

La voz de Klato se oyó de nuevo:

—Sí, Sandor. Mis oídos llegan a todas partes gracias a nuestra técnica... Debo felicitarte, ¿sabes? Eres inteligente. Has ideado buenos sistemas y confieso que algunas veces incluso llegaste a sorprenderme.

—No gaste palabras, Klato. Sólo quiero que sepa que si trata de atacarnos soltaremos el gas. En pocos momentos la atmósfera será irrespirable para sus organismos. Morirán todos.

—Ustedes no harán esto, Sandor. No lo harán por la sencilla razón de que «no pueden hacerlo».

—Yo mismo pondré en marcha el mecanismo, Klato. De esto puede estar seguro.

—¿De veras, Sandor? Subestimas nuestro poder, muchacho... Repito que no podrás hacerlo. En estos momentos domino vuestro

refugio.

—¡Vamos! —exclamó Sandor, y tomando a Adra del brazo corrió hacia el laboratorio, pero en aquel instante otra voz frenó su carrera.

—¡Socorro!

Y surgieron más voces :

—¡Traidores!

Sandor se preguntaba qué estaba ocurriendo. La respuesta la obtuvo cuando llegó al laboratorio. A través de las pantallas pudo ver lo mismo que estaban contemplando los profesores Stesso y Dormán.

Pudo ver cómo en distintos compartimientos, varios hombres de su misma raza estaban encañonando a otros.

—¡Quietos! Nuestras armas os aniquilarán al menor movimiento —dijo uno de los atacantes al grupo que encañonaba.

En otras dependencias ocurría lo mismo. Los supervivientes parecían divididos en dos bandos como si perteneciesen a razas opuestas.

CAPITULO XXII

La voz de Klato se escuchó de nuevo para aclarar las cosas :

—Una de las particularidades de nuestra raza, Sandor, es la facilidad de cambiar nuestra apariencia exterior. No es la primera vez en nuestra historia que debemos adoptar formas distintas. La vuestra es fácil de imitar y allí donde no llega nuestra naturaleza llegan nuestros cirujanos para arreglar pequeñas cosas...

Sandor comprendió demasiado tarde la verdad.

—Los prisioneros...

—Sí, Sandor, creías liberar a los tuyos y en parte lo conseguiste, pero entre las últimas remesas lo que hacías era introducir en la nave a mi propia gente. Ellos sólo necesitan una orden mía para aniquilarlos, pero me siento generoso y si obedecéis saldréis con vida del refugio submarino.

—¡No! —gritó alguien en aquel momento—. Prefiero morir a someterme de nuevo a estos bárbaros.

—¡Aniquílelos, profesor! ¡Aniquílelos! —surgió otra voz.

Klato exclamó tajante:

—¡Números Uno y Dos! ¡Actuad!

Algo imprevisto sucedió en aquel instante. La luz del laboratorio se apagó sumiéndolo todo en las tinieblas. Igual ocurrió en los demás departamentos.

—¡Número uno y dos! Responded. Tenéis una misión que cumplir —insistió Klato.

De pronto un rayo surgió en la oscuridad y una voz femenina dejó escapar un grito agónico.

— ¡Adra! —gritó Sandor al mismo tiempo.

Presentía que el rayo había sido dirigido al cuerpo de la muchacha que momentos antes permanecía a su lado.

Pero en aquellos momentos, a través de ocultos micrófonos podía escucharse el fragor de una lucha sorda y despiadada, la gente trataba

de librarse de los opresores. En la oscuridad, en cada compartimiento se había organizado una batalla.

A veces surgían fogonazos seguidos de gritos de agonía y de muerte.

—¡El gas! ¡Voy a soltar el gas! —gritó Stesso en la oscuridad y buscó la palanca.

No se había hecho ninguna prueba, pero la situación no lo permitía. Era la única oportunidad.

Entonces una explosión conmovió a todo el refugio.

—¡Es Klato! —gritó Lyda, próxima a Sandor—, Utiliza sus dispositivos para hundirnos.

— ¡El submarino! ¡Vamos...!

Las brechas abiertas en las paredes del refugio daban paso al agua que comenzaba a inundarlo todo.

—¡No! —gritó Lyda—. ¡Ve tú...!

—No, Lyda. El que podamos salvarnos depende de segundos. ¡Todo el que pueda' que se dirija al submarino!

El griterío aumentó y sonó una nueva explosión. El agua entraba en cataratas por diversos lugares, aumentando la confusión en medio de la oscuridad.

Pero el gas comenzaba a fluir por las toberas hacia el exterior mezclándose rápidamente con el aire.

De algún lugar surgió una nueva ráfaga de rayos, y Stesso sintió que había llegado su hora. Cayó aferrándose a la última de las palancas con lo que entró en funcionamiento el sistema contaminante.

La red dispuesta para el éxito de aquella empresa comenzó a funcionar.

El gas salió a una mayor presión.

El hundimiento del refugio no importaba, porque las toberas actuaban con autonomía desde las bolsas instaladas en las profundidades.

Klato, desde su puesto, comprendió que algo había fallado en su organización, algo que nunca se le hubiese ocurrido.

—Sandor... —murmuró para sí, luego ordenó—. Todo el mundo a los refugios. Trabajen para taponar las grietas. Ese gas es mortal para nuestro organismo.

Ante la contusión los presos se dispersaron, pero al intentar la huida quedaron prisioneros de los cables muriendo en el acto.

—¡Sáquenlos de aquí! —gritaban los que permanecían dentro de los cercos.

Pero nadie les oía, ni querían oírlos, porque los klenoxianos bastante tenían con intentar salvarse.

El más veterano de los ayudantes, el más escéptico, preguntó :

—¿Qué es lo que ha fallado, señor?

—Algo que jamás llegué a imaginar. Algo que puede cambiar la faz de los planetas y los sentimientos de los seres pensantes...

Pero no aclaró la pregunta de su ayudante.

—Ahora ya no es necesario seguir observando —siguió diciendo—. La atmósfera tardará poco en contaminarse. Creí que tendríamos tiempo suficiente para prepararnos.

—No comprendo por qué les dejo terminar su obra, señor. En cuanto supo lo que se proponían podía haber terminado con ellos, o darles el ultimátum.

—Otra vez no aciertas a comprender el alcance de mi espera, amigo mío. Yo quería que concluyeran porque una vez dueño del refugio submarino hubiera rectificado este gas utilizando otros ingredientes y convertirlo en arma mortal para otros posibles enemigos, incluso para los mismos habitantes de este planeta. Ellos hacían el trabajo y yo lo rectificaba a mi conveniencia. Todo estaba perfectamente planeado desde el momento en que empecé a sospechar que Sandor llevaba a cabo el plan... Las transformaciones llevarían algún tiempo, pero eso no importaba... El fallo era imprevisto, pero será necesario tenerlo en cuenta para una próxima vez.

—Pero dígame en qué consiste ese fallo, señor —insistió el ayudante.

Klato guardó la respuesta dentro de sí.

Y mientras tanto, en medio del griterío, de los rayos y del agua, Sandor huía de la muerte en compañía de Lyda.

El compartimiento estanco había reventado y el submarino se hallaba sumergido sujeto a las amarras.

La catarata de agua cayó encima de la pareja que luchaba entre la vida y la muerte.

Sandor, sin dejar de sujetar a Lyda, la arrastró hasta la nave y la obligó a subir por la escalerilla.

El agua lo inundaba todo por completo y Sandor precisaba llenar de aire sus pulmones, pero era imposible. Trató de aguantar mientras manipulaba la palanca que abría una de las compuertas del submarino.

Entró arrastrando a Lyda y pulsó el cierre automático para abrir la segunda compuerta.

El agua les empujó hasta el interior del barco inundando ligeramente el compartimiento.

¡Pero estaban a salvo!

Sin embargo, el tremendo esfuerzo de Sandor le había extenuado. Sentía agua en sus pulmones y calambres en el cuerpo. Notó que iba a perder el sentido y todo se oscureció a su alrededor.

* * *

Lyda se recuperó en seguida y observó a Sandor a su lado, inmóvil, rígido.

Se apresuró sin dudarlo a practicarle la respiración artificial, pero Sandor seguía sin reaccionar.

—Ha tragado agua... Demasiada —murmuró.

Era necesario insuflar aire en sus pulmones y acercó su boca a la del joven.

Con extraordinaria habilidad consiguió reanimarle. Sandor comenzó a moverse y despertó al fin.

Ella estaba muy próxima, mirándole con una sonrisa de triunfo.

—Gracias —murmuró él muy quedamente.

La sonrisa desapareció del rostro de la muchacha.

—No te vayas... Quédate aquí. A mi lado... Siento como si tú y yo

fuéramos los únicos habitantes de todo el espacio.

—Sólo estamos bajo el mar —murmuró ella.

—Tienes razón. Hay que salir de aquí. Cortaré las amarras.

—Yo lo haré. No te muevas, estás débil.

Lyda se alejó hacia uno de los tableros de mandos y buscó la palanca para librar al submarino. Luego manipuló algo más y regresó para decir:

—Estamos en marcha.

—Estás abatida. Comprendo.

—No, Sandor. Es difícil que comprendas. Has dicho que sientes como si fuéramos los únicos seres del Universo.

—Es posible que así sea pronto.

Las palabras de Lyda comenzaron a ser proféticas, cuando el refugio submarino quedó destruido por completo. No hubo supervivientes.

En la superficie los prisioneros enloquecían en su encierro. Era una trampa de la que nadie podía salvarse.

Los klenoxianos comenzaban a recibir los primeros efectos del gas impregnado en la atmósfera.

Se afanaban inútilmente en tapar grietas, pero era trabajo baldío. No podían hacerlo en el escaso tiempo de que disponían.

Algunos enfurecidos dispararon rayos mortales contra los prisioneros.

La superficie junto a la ciudad recién construida quedó sembrada de cadáveres.

—Nosotros moriremos, pero vosotros tampoco viviréis para contarlo —exclamó un ser de Klenox fulminando con su rayos a los últimos supervivientes del planeta.

Era más que una guerra, era un odio feroz entre dos razas que se autodestruían.

Los klenoxianos más débiles comenzaron a caer.

Sí. Era el fin de dos razas...

Claro que, en el submarino quedaban dos personas. Las dos últimas tal como había vaticinado Sandor. Tal como confirmó Lyda.

Y en aquellos momentos, sentados ambos ante el visor delantero del pequeño sumergible ella murmuró :

—Quiero que sepas algo, Sandor. Es necesario de cara al futuro que nos espera.

La voz de la muchacha sonaba grave. Ahora sí que ya no quedaba el menor vestigio de la muchacha asustadiza de los primeros tiempos.

—Tal como dijo Klato —siguió ella—, los seres de Klenox tienen la rara facultad de cambiar su aspecto físico, aunque sea precisa la ayuda de los doctores... Pero hay algo más que eso... Es el rostro. Pueden elegir cualquiera y convertirse a los ojos de los demás en una persona conocida... Como Adra, por ejemplo.

—¿Adra?

—Sí, Sandor. Adra no era la hija del profesor del que tú aprendiste. Adra era de Klenox. Fue el primero de los seres que entró en el refugio. La prueba que realizó Klato para luego proseguir mandando a otros seres...

—No es posible...

—La verdadera Adra murió. Klato tenía ya ese proyecto y consiguió de ella algunos datos, luego escogió a una klenoxiana para reemplazarla y ponerla en tu camino...

—Pero tú... ¿Cómo sabes esto? ¿Acaso la propia Adra...?

—Déjame que continúe, Sandor.

—Sí, claro —repuso Sandor, lleno de intriga, mientras el submarino seguía su curso sumergido en las profundidades.

—Aquel objeto que encontraste lo llevaba Adra consigo. Era, en efecto, un microtransmisor. Adra lo perdió, pero consiguió comunicar por otros medios con Klato, que se apresuró a mandar un hombre, al que sacrificó en el compartimiento estanco para que todos pensarán que había sido él quien había introducido el micro y jamás se llegara a sospechar la verdad a la que tú te acercaste tanto cuando dijiste que Klato te dejaba rescatar a los presos para introducir aparatos de comunicación en el interior del refugio.

—Yo no podía suponer esa facilidad para cambiar el aspecto,

pero...

—Klato jugaba también con otra idea —volvió a seguir la muchacha—, la de sembrar la confusión en el refugio. Porque contra lo que tú creías, él ignoraba dónde estaba ese refugio. Tal como dijo, sus conocimientos marítimos son más bien rudimentarios.

»Como dije --prosiguió Lyda—, la entrada de Adra fue sólo el principio y su éxito le animó a proseguir con el plan de introducir a un buen número de sus hombres y lo consiguió.

Seguidamente, la muchacha expuso el resto del plan de Klato :

—Quería que terminaraís las instalaciones para manipularlas él rectificando el gas. Tenía una materia idónea para ello. Vosotros habríais pasado nuevamente a ser esclavos y a ti te reservaba la muerte.

—¿Eh?

—Te temía y por eso ordenó a Adra que llegado el momento te matara.

Tras las últimas palabras de Lyda se hizo un silencio.

Sandor hizo que el submarino emergiera para mirar a través del periscopio.

Estaban lejos de la costa y el mar parecía una balsa de aceite. Una calma chica reinaba por completo y la luna alumbraba las tranquilas aguas.

Sin embargo, ellos sabían que aquello no era un crucero de placer. Eran los únicos supervivientes de la destrucción, de la muerte. Nadie más podía verlos.

Sandor salió a la superficie del pequeño barco y se apoyó en la barandilla.

Lyda estaba detrás.

Rompió el silencio para decir.

—Yo maté a Adra, Sandor.

—Sí. Lo sospechaba —murmuró él.

CAPITULO XXIII

Pasó mucho tiempo sin que ninguno de los dos despegara los labios. Pero ambos podían leerse sus mutuos pensamientos, aunque ninguno de los dos llegara a comprenderse realmente.

Klato se asfixiaba en uno de los túneles de aquella ciudad muerta.

Quedaban muy pocos de los suyos. El gas se había infiltrado por todas partes.

El más fiel y más escéptico de sus ayudantes permanecía a su lado.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor?

—Mi fiel amigo... Si eres capaz de volver el tiempo atrás..., tal vez pudieras ayudarme, pero las cosas ya no pueden volver a repetirse y estoy convencido que en los siglos venideros hombres inteligentes cometerán los mismos errores...

—Señor... ¿Cuál es ese error? ¿Dónde está el fallo? Moriría más tranquilo si lo supiera.

—El fallo primero fue la falta de entendimiento. De eso son culpables los de Kindu. Luego nosotros atacamos por no esperar, por no suplicar, amparándonos en nuestra pretendida superioridad. Los aplastamos, los derrotamos... Y ellos han terminado vengándose. Es justo...

—Pero el error.

—¿Te parecen pocos errores? —Tras una pausa y con su último aliento añadió—: Pero el más inconcebible tiene sólo un nombre : Amor.

—¿Amor?

—Sí, amigo mío. Amor. Algo que puede cambiarlo todo... —Y Klato expiró dejando a su ayudante atónito, pero fue por poco tiempo, porque apenas unos segundos después el gas le asfixiaba definitivamente.

* * *

¡Amor! Había pronunciado Klato. Y era la verdad.

—¿Comprendes la verdad, Sandor? ¿La comprendes ahora? — preguntó Lyda mirando fijamente a los ojos del joven.

—Tú...

—Sí. Yo también soy una de «ellos».

—Pero...

—La verdadera Lyda fue sustituida en su momento. Recuerda que Adra ya estaba en el refugio. Ella cuidó de todo. Entré como una prisionera. Nadie los contaba hasta que estaban aposentados. Adra me camufló...

—¿Y Lyda? La auténtica.

—Fue llevada de nuevo a la ciudad...

—¿Cómo te prestaste a esto...?

—Sé que no merezco perdón, Sandor, pero no por lo que hice contra los tuyos, sino contra los míos —replicó ella en un grito,

Sandor guardó silencio. Comprendía las razones de la muchacha, a la que por ningún detalle hubiese podido sospechar que no se trataba de la auténtica Lyda.

Ella añadió:

—Me dieron un rostro nuevo y una misión que cumplir. Lyda era un peligro. Estaba enamorada de ti y Adra se dio cuenta, por eso se me hizo reemplazarla.

—Creo que adivino el resto —musitó él, sin volverse.

—No obstante, quiero ser yo quien acabe mí relato. Es como un acto de arrepentimiento, es como un grito de rebeldía que surge de lo más profundo de mí. Un grito contra la guerra y contra la incompreensión...

—Lo entiendo.

—No, Sandor. No lo entiendes... Porque es difícil explicarlo... Maté a Adra para que no te matara a ti y luego dejé que me salvaras la vida a pesar de todo.

—Tú también salvaste la mía.

—Sabes perfectamente por qué, Sandor.

—Sí, Lyda, lo sé.

—Cambiaron mi personalidad y con ello mis sentimientos. Yo también me había enamorado de ti... Igual que la otra Lyda. Era un sentimiento nuevo que me arrastraba hacia tu personalidad. Klato te temía. Sabía que poseías un don especial que irradiaba simpatía, un don peligroso que jamás supo definir ni comprender, porque el amor entre los de nuestra raza era algo puramente mecánico, pero a tu lado aprendí a ser distinta. Te conocí bien. Eras firme en tus decisiones, resuelto, pero dudabas a la hora de causar daño. Eras inteligente y jamás te jactabas de ello como los míos. Trabajabas con denuedo sin vanagloriarte de tu posición... Y yo veía cómo eras traicionado por los mismos que salvabas creyendo que eran de los tuyos. Te traicionaba Adra fingiéndote amor, fascinándote con sus andares, con sus provocaciones... Y entonces fue cuando comencé a sentir asco de aquella misión.

Hizo una pausa y se apoyó en la barandilla como si fuera a desvanecerse.

—El resto ya lo sabes. No quise que se consumara,. No me importó lo demás. Ahora soy una traidora a los míos. O tal vez una egoísta como los demás, que ha pensado sólo en sí misma, en lo que le importaba...

Cayó desmayada.

—¡Lyda! —gritó él.

Ella parecía que se estuviera ahogando. Y Sandor comprendió de inmediato las causas.

—¡La atmósfera! ¡El gas...!

Ella no era de su raza, y la polución llegaba hasta el mar á través de aquella calma.

La tomó en brazos y la llevó al interior haciendo que el submarino se sumergiera de nuevo.

Trató de reanimarla y consiguió que recobrara el ritmo normal de la respiración.

La dejó descansar y se sentó cerca de ella para meditar.

¿Podía juzgar realmente a aquella mujer?

Ella había obrado por mandato cumpliendo una misión. Luego

todo fue distinto.

Cierto que aquello había costado vidas... ¡Tantas vidas! ¡Había costado el aniquilamiento de dos razas!

—¡No! No es el aniquilamiento total. Ella y yo representamos la continuación —murmuró Sandor en voz alta—. Es como si un alto designio hubiera hecho que lo que no se logró en siglos mediante el diálogo y la comprensión, haya ocurrido en escaso tiempo gracias al fenómeno del amor...

* * *

El submarino emergió de nuevo, lejos ya, en alta mar.

—Dentro de algún tiempo, cuando las bolsas de gas se agoten, la atmósfera se purificará de nuevo y podremos tomar tierra en cualquier sitio —murmuró él.

—Haré lo que tú digas, Sandor —repuso la muchacha.

Había que aceptar los designios. Ninguno de los dos, al fin y al cabo, había provocado aquella situación y sólo el amor les mantenía vivos.

Quizá al principio costará un poco, pero con el tiempo se consumaría la fusión de dos razas que en su odio se exterminaron mutuamente hasta la muerte.

El barco se perdió en el horizonte.

FIN